la sangre de la aurora

LA SANGRE DE LA AURORA

Claudia Salazar Jiménez

ANIMAL
DE INVIERNO

La sangre de la aurora
Primera edición: julio de 2013

© 2013, Claudia Salazar Jiménez
claudiasalazarjimenez@gmail.com
© 2013, Estación La Cultura S.A.C.
Para su sello *Animal de invierno*
Las Musas 291, San Borja
Lima, Perú
Telf.: (511) 787 0151
dolores.leonardo@gmail.com

Cuidado de edición: Leonardo Dolores
Corrección de texto: Lucero Reymundo
Diseño de carátula: Ángela Villavicencio
Ilustración de portada: Ana M. Ribeiro

Impreso en Perú

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú Nº: 2013-08884
ISBN: 978-612-46466-0-7

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción y distribución total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, fotocopiado u otro; sin la autorización escrita de los editores, bajo las sanciones establecidas por la ley.

Para Ana Ribeiro

Jamás, hombres humanos,
hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera,
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética!
Jamás tanto cariño doloroso
jamás tan cerca arremetió lo lejos.

"Los nueve monstruos", César Vallejo

○ ●

"Cualquiera que conozca algo de historia sabe que los grandes cambios sociales son imposibles sin el fermento femenino".

MARX

○ ●

apagón total oscuridad ¿dónde fue? en todas partes ¿de dónde vino? torres tensas altas cayeron arrodilladas bombas explotar todo arrasar volar reventar ¿estabas con el grupo? cocinando en mi casita esperando mi esposo apagón pasando a máquina las actas de la reunión apagón revelando unas fotos apagón conseguir velas no me alcanza seis páginas dos torres las afueras de la capital ¿qué dijiste? usted no puede firmar camarada oscuridad excluido de la historia someterse o reventar bomba ¿supiste lo que hicieron? uy limpio me dejaste el plato sonrisa sin velas come tres torres dicen ahora más horas más torres ¿cuándo volverá la luz? velas prende la radio no encuentro los fósforos tres velas sin fósforos saca chispas de las piedras mentira bomba tenemos un generador eléctrico ir al epicentro donde está pasando lo que no vemos bomba contar lo que está

pasando al otro lado de las torres ver ¿dónde estaba cada una de ellas tres? apagón

○ ●

Me trajeron a esta cárcel de la capital poco antes de que cayera la cúpula. Casi siempre me traen a esta sala para que me interrogue el comandante Romero. Todo es blanco. Más blanco que hospital. Tres sillas. La mesa con la cubierta de melamina blanca. Las paredes son blancas también. Van a ser ya dos semanas desde que supe que los capturaron. ¿Qué le habrán hecho a camarada Líder? Perros de mierda, si lo tocan se van a morir todos, uno por uno van a caer.

El único sonido es el que viene del reloj. Romero no llega. Hace un poco de frío en este cuarto tan blanco. Tan distinto de ese arenal donde comencé mi labor social. Recuerdo en especial un día que el sol nos puso a prueba. Insoportable. Infernal. Así era el calor en esa larga extensión de arena poblada por una marejada humana. Llegué acompañada del ingeniero que coordinaba las obras y de Fernanda, la asistenta social. Llevaba también a mi hija de cuatro años. Pensaba que hacerle compartir juegos con esos niños que poco o nada tienen, sería una buena manera de sensibilizarla.

El arenal se desplegaba inmenso como un hirviente manto amarillo. El calor me sofocaba y sentía el sudor de la manito de mi hija en la mía. Una de las encargadas del comité de viviendas me ofreció un vaso de agua para calmar la sed de mi pequeña. El agua se vendía a precio de oro en camiones que iban apenas una vez por semana. Ese vaso que mi hija acababa de terminar, significaba menos agua para uno de estos niños.

La dejé más tranquila con las otras criaturas y me reuní con los pobladores para discutir los proyectos pendientes. Necesitaban una red de agua potable, desagüe y alumbrado público que cubriera al menos diez calles. También habían solicitado al municipio una posta médica con servicios básicos y la

construcción de una escuela. La educación es primordial para romper el esquema de desigualdades en que está fundada la organización social, sin ella las posibilidades de cambio *¡¡¡Mami!!!* son prácticamente nulas. Mis años de experiencia como pedagoga me dan la autoridad para afirmar *¡¡¡¡Mamiiiiiiiii!!!!* que sin el adecuado nivel de *¡Señora Marcela, es su hija!*

Corrí rápidamente hasta donde jugaban los niños. Vi a mi hija petrificada en medio del arenal, sus piernecitas temblaban de susto, casi sin respirar, hipando y con el rostro empapado de lágrimas. Había caído en un lugar donde la arena se mezclaba con tierra muerta y era difícil mantenerse de pie. Cuando me vio, estiró sus bracitos hacia mí y lanzó un grito potente y desesperado *¡Mamita, aquí no hay piso, cárgame!*

La levanté y la apreté contra mi pecho. Ella se estrujó contra mí. Su pequeño corazón batía rápido, tan rápido como un pajarito asustado. Limpié su carita del sudor y las lágrimas. Le acaricié la cabeza y retiré la arena que se había metido entre sus cabellos. *Tranquilízate que aquí estoy contigo, nada malo te va a pasar*, le dije. Pasé mi mano por sus sienes en un movimiento que siempre la relajaba. Se tranquilizó poco a poco. Los niños se aglomeraron a nuestro alrededor, en ese arenal perdido, sin zapatos, las ropas desgastadas, los pies sobre la arena caliente, poquísima agua y sin quejarse. Para ellos realmente no había piso. No se podía perder el tiempo en tonterías cuando había tanto que hacer. *Ya deja de llorar, nosotras somos valientes*.

—Profesora, ¿cómo está? —me dice el comandante Romero entrando intempestivamente. Siempre me llama así. Le sigo la corriente para ver si me deja saber más de nuestro líder, creo que en sus manos puede estar nuestro futuro.

—Buenos días, comandante. Aquí estoy, lista para que hablemos, pues —Romero se acomoda en la silla frente a mí. Sonríe. Sólo me quedan dos armas: mi paciencia y mi silencio.

—Profesora, en estos días he tenido el placer de ir conociéndola y veo que es usted muy persistente, tenaz, perseverante. Una roca —Romero se acomoda en el asiento como si quisiera decir algo en tono confidencial. Se inclina

un poco sobre mí y me dice, casi susurrando—: Por eso usted tenía acceso al Comité Permanente, ¿verdad?

○ ●

Tomar decisiones en coyuntura de guerra era la labor que les correspondía sin sombra de dudas. Nuestra correcta y única línea ideológica decidía. Camarada Líder, camarada número Dos y camarada número Tres: trinidad perfecta. Camarada Líder, es el Uno, pensamiento guía de nuestra revolución. Camarada Dos, fue ella quien me insertó en el partido. Camarada Tres, era la encargada de la organización logística. Tres. Número perfecto y sagrado. Círculo cerrado. El Comité Permanente. Clandestinidad organizadora en el epicentro.

La revolución no podía tomar más tiempo, quedarse esperando reacciones es lo que el Estado quiere. Sustituir una clase por otra, un número por otro. La idea gobierna, pero ya lo dijo Mao: "El poder nace del fusil". Nuestro brazo militar, camarada Felipe, era un potro agitado listo para el combate. Él nos dijo que en algunas comunidades campesinas reaccionaron muy mal ante la doctrina revolucionaria. Se le hacía difícil al pueblo aceptar la revolución, pero confiábamos en que entenderían y tendrían que asimilar el pensamiento guía. Hubo enfrentamientos y algunos camaradas cayeron, lo que propició que la policía se envalentonara en zonas primordiales para nuestro avance. Recuerdo que en esa reunión, camarada Felipe le enseñó a camarada Tres, uno de los FAL que habíamos conseguido.

—De aquí viene el poder, camarada, siéntelo.

Hacía tiempo que ella no cargaba uno, ahora se enfocaba en lo político, en el pensamiento, en lo que perdura cuando las armas ya han caído. No le pesaba tanto, pero su solidez se le afianzaba en el brazo. Con un movimiento veloz, lo descargó y volvió a cargarlo. Luego, como si se incomodara súbitamente, le devolvió el fusil a camarada Felipe. El Líder se dispuso a

hablar frente a los mandos convocados para inaugurar la reunión. *Camaradas, establecido debe quedar esto desde el principio: el partido manda al fusil y jamás permitiremos lo contrario. Ahora bien, la masa necesita ser educada en el crisol de la ideología marxista-leninista-maoísta. El ejército revolucionario tiene que movilizar a las masas. Acciones contundentes se requieren para dar el salto cualitativo de importancia decisiva para el partido y la revolución. Pasar de las masas campesinas desorganizadas a masas militarmente organizadas*. Camarada Líder se detuvo para observar reacciones. Ni un solo murmullo. Silencio venerable frente a sus palabras. Camarada Dos mantiene mirada en blanco. Ella siempre rígida, vertical, alineada con la pared de la que cuelga el afiche de Mao guiando a su pueblo bajo el sol rojo en perpetuo avance y transformación. Nueva aurora floreciente. Camarada Líder continuó trazando plan ideológico. Camarada Felipe se encargará esta vez de los detalles tácticos, ver cómo la acción debe ejecutarse. El lugar ya estaba decidido. El potro se siente liberado, empuña la FAL con más fuerza, las venas de sus manos casi saltan.

Objetivo: privar al enemigo de su indigna superioridad e iniciativa, empujarlo a la inferioridad y pasividad. Que las acciones hablen. O están con nosotros o en nuestra contra. Arrasar. Comenzamos a derrumbar los muros y desplegar la Aurora. Acción contundente. Esto no se lo esperan. Camarada Líder pronunció el nombre del pueblo: *Lucanamarca*.

—Lucanamarca —repitió la número Tres alzando su voz casi como un grito y el puño en alto. Camarada Dos me mira con zozobra, había perdido segundos para reaccionar, así que levantó también el puño haciendo eco de la decisión única.

—Lucanamarca.

○ ●

cuántos fueron el número poco importa veinte vinieron treinta dicen los que escaparon contar es inútil crac filo del machete

un pecho seccionado crac no más leche otro cae machete puñal daga piedra honda crac mi hija crac mi hermano crac mi esposo crac mi madre crac carne expuesta el cuello roto machete globo ocular crac fémur tibia peroné crac sin cara oreja nariz trágatela crac ahorita cómetela oreja del piso recógela no escupas no crac en línea cinco ponlos machete crac sopa de sangre salpica hace barro sus botas resbalan camarada crac gritos aullido chirrido machete huesos crac diez nomás eran suficientes sogas brazos para arriba apestas hedionda crac apestas apestan tus pies sus chuchas sebo machetazo barro el piso chap chap penes testículos que se lo coma tu madre vieja abre la boca crac por piedad machetazo no hay plata para balas crac campesinos machetazo el partido es dios crac labio diente garganta filo filo filo hachazo crac diez suficiente machetazo crac la tierra se empapa no recibe más sangre crac pachamama vomita líquido del pueblo crac se escapa con bebé crac cuatro meses crac machetazo espalda materna aullido cállate puñal ojo no sale por fin te callaste puta crac bebé en suelo crac piedra pesada cráneo blando bebé crac tres meses crac lucanamarca.

○ ●

Vas toda feliz a la yunza acompañada con Justina y Dominga. Felices las tres a la fiesta para ver qué regalo les toca. Justina quiere aprovechar para encontrarse con Vicente, el muchacho del otro pueblo que le gusta. La otra vez pudo hablar con él un ratito. La Domingacha ha sacado su mejor vestido para verse con Fabián, ya parece que se van a ir a vivir juntos dentro de poquito. Dominga te ha contado que Fabián le escribió unos poemas bien amorosos, que la llamaba *vicuñitay del zorzal* y que muy cariñoso era además. Suertuda la Dominga que se ha enganchado con el hijo del concejal pues. Suertuda es ella, tu amigacha. Te han invitado para ver si conoces un muchacho para ti.

La chicha corre como el río del pueblo, abundante, derramando risas y alegría entre los comuneros. Te has puesto el sombrerito rojo que tu taita Samuel te acaba de regalar por tus dieciséis años. Mariano te dice que estás guapa con el rojo, *linda eres, primita, dame un besito*. Te enrosca con serpentinas y después las sueltas. Cuánta chicha se habrá tomado el Mariano. Besito quiere. Está loco pues. Loco lo pone la chicha. Tu primo es fuerte y además es un buen leñador. De un hachazo corta los troncos. Seguramente que él se va a tumbar al árbol, se lo va a tumbar enterito. Tiene las cejas grandes y unos ojos que miran así como cóndor para todas partes. Ágil y fuerte como puma.

Pruebas un poquito de chicha y rápido rápido las mejillas se te ponen rojas, chaposa te quedas, Modesta. *Chaposita*, te dice un chico que recién conoces. Tú te ríes pero no le dices nada, bajas los ojos nomás y sigues mirando al Mariano que se ha puesto a bailar con la hija de los Huaroto. Este chico dice que se llama Gaitán y desde ahí no se te despega en toda la fiesta. Bailan todos rodeando el árbol que está repleto de globos coloridos, serpentinas onduladas y regalos. ¿Qué te tocará? Todos hacen una ronda y giran hacia la derecha bailando. Paran. A la izquierda. Bailan. Bailan. Se acercan al árbol y ahora se alejan. Vienen y van. De las manos la comunidad baila. Gaitán sale de la ronda y da un hachazo pero, pucha, ni marca le deja al arbolito. *¡Con más fuerza tienes que darle, pichón!*, le gritan los hermanos Quechán haciéndole muecas feas. Cuando le toca al Mariano, el árbol retumba y hasta un regalo salta del tronco. *¡Túmbalo, campeón, túmbalo!* Mete dos hachazos y el árbol cae. La comunidad mezclada sobre sus ramas entre la serpentina, los regalos y globos que explotan.

○ ●

Una extraña mezcla de amor y odio ha definido siempre mi relación con las fiestas de Ana María Balducci. Es una rutina recibir la invitación. Las caras y los cuerpos son los usuales.

Variaciones mínimas. Quizá alguna cara nueva se integra después de pasar los filtros que se le ocurren a Ana María, pero ella prefiere evitar novedades. Aquello era un templo pagano donde podíamos vibrar sin interrupciones. Nunca más de catorce, tampoco éramos muchas. Una fiesta entre amigas. Suena bien decirlo así. No hay complicaciones para nadie. *Melanie, darling, quiero felicitarte por tu excelente reportaje de la semana pasada*. La aspirante a congresista siempre halaga mi trabajo. Ella es la única política que participa en nuestras fiestas. Cuenta con la discreción de todas nosotras para abrirse camino y ocupar un puesto en el Congreso. Yo hago mi trabajo, investigo, capturo imágenes, trato de revelar lo que no se ha visto. Hace poco colaboré con un reportaje sobre cierto caso de corrupción en un ministerio. Queda esperar que el poder judicial haga lo que debe, aunque no espero mucho de ellos. Casi nada, a decir verdad. Voy por un vodka. Me gusta estar aquí.

Las veo a todas bailar, conversar, beber. La fiesta es una burbuja. Si dependiera de ellas, muchas se pasarían la vida en Europa o Miami. Se quedan en la ciudad de la garúa porque saben bien que la burbuja no sería tan compacta ni exclusiva en otra parte. Tal vez la burbuja sea también una cárcel. *Camila, ¿sabes que mi sobrino Ricardito va a postular a la Escuela de Oficiales de la Marina? Quiere llegar a ser almirante, como tu papi.* Sí, querida, sí. Y Camila seguramente ya tomó nota mental, no te preocupes. No hace falta que lo pidas expresamente. Mañana mismo hablará con su viejo y le comentará sobre tu sobrino. Será un gran oficial, sin duda. Qué bueno estar aquí.

Me deslizo a otro sofá. Comentan las noticias más recientes. *Fue una masacre. No perdonaron ni a los niños*. Los rostros manifiestan extrañeza salpicada con espanto. *¿Qué cosa buscan esos guerrilleros?* Alguien le da una calada profunda al cigarro. Otra expulsa el humo como si fuese una locomotora furiosa. Sincronizadas al decir *¿guerrilleros? ¿Qué mal puede hacer un bebé?* Las demás escuchan con atención fingida. La aspirante a congresista quiere más información. *Ana María, tú debes estar mejor enterada, cuéntanos qué está pasando en la sierra.*

Se hace un silencio y todas las miradas apuntan hacia la anfitriona. La familia Balducci posee el canal de televisión más poderoso de todo el país. Con un mohín de fastidio, Ana María cruza los brazos y nos dice:

—Comunistas, chicas. Rojísimos, muy radicales. Reclutan campesinos y planean una "guerra popular" en la sierra. Nada de qué preocuparse, seguramente en un par de semanas el Ejército se encargará de todo.

—Si reclutan campesinos, entonces ¿por qué los han masacrado? —inquiere alguien.

—Tal vez algún problema de propiedades. A veces la gente de la sierra se pelea por cualquier cosa y pueden ser medio violentos para resolver sus disputas. Si quieren saber más, ya saben, vean el noticiero —responde con una sonrisa que da por concluido el tema.

Alguien ha comenzado a bailar al compás de David Bowie para evitar que Ana María se fastidie. No conviene indisponerse con ella. El ambiente ha quedado un poco tenso. Ni Bowie logra relajarlo. No más política ni favores por esta noche. A bailar un poco. Hablar. Beber. Yo preferiría estar en el Kraken. Es temprano todavía. Agito mi vodka lime con la cereza. El líquido gira. ¿Para qué masacrar a quienes supuestamente quieres reclutar? Algo ahí no encaja. ¿Por qué Ana María se fastidió tanto? Esa relación entre los campesinos y la violencia parece un disco rayado desde tiempos coloniales. ¿Qué será lo que está pasando ahí? Sorpresivamente, Ana María se me acerca, su perfume es inconfundible.

—Estás muy pensativa esta noche, ¿te pasa algo?

—¿De verdad crees que eso de la sierra es una cuestión de campesinos violentos?

—Ya dejemos eso. Mira, te voy a contar algo que yo sé que te va a poner contenta. ¿Sabes quién está en la ciudad?

—Mucha gente, ¿no? Tú y yo, por ejemplo.

—Ay, Mel, no seas mala. Vas a ver que te lo digo y se te quita lo graciosa.

—Te escucho.

—Ahora no te digo —ella hace su papel de niña caprichosa; pero una de mis sonrisas de colección la desarma—. Ya pues, si me sonríes así, te lo digo de una vez: ha venido Daniela.

—…

—Quiere verte.

○ ●

Cinco de la tarde en la ciudad de la garúa. El calor de este café nos protege de la humedad, de esta pecera en la que vivimos. Las voces, las copas, los cubiertos, componen una danza cafetera. ¿Por qué acepté verla? ¿Por qué justo ahora? Daniela llega por fin. Radiante, como si el sol habitara en sus movimientos y brillara sobre su piel. Por un par de segundos el murmullo de las conversaciones se detiene y en ese súbito silencio la ola de miradas confluye en nuestra mesa. Le digo que está guapísima. Sin metáforas. Ella sonríe. El murmullo del café va en aumento, como si todos se despertaran nuevamente. Las voces, las copas, las tazas y las cucharas reinician su danza. *A ver si ahora me dices por qué dejaste de hablarme*. ¿Por qué dejé de hablarte? *Te desapareciste, como si la tierra te hubiese tragado.* Sinceramente, Dani, no lo sé. No lo recuerdo. Fue hace tanto. Hay cosas que pierden el sentido con el tiempo. No vale la pena hablar de eso. Mejor cuéntame de tu última exposición. Daniela Miller, la primera pintora peruana con una individual en París. *Fue increíble, fue un montón de gente.* Todo un éxito, según vi en los periódicos. Ana María envió a su mejor corresponsal para cubrir la inauguración y lo retransmitieron en El Noticiero. *Estuvo todo el mundo. Sólo faltaba Mitterrand.* Lo dice como si bromeara pero en el fondo lo deseaba. Sonríe. Me sigue contando. Que los artistas, que otros pintores peruanos seguramente están corroyéndose de envidia, que ahora sí los franceses aprenderían a valorar el arte peruano, que toca ir a Londres, a Nueva York, a comerse el mundo entero. Planes, proyectos. La vida.

¿Por qué dejé de hablarte? Recuerdo tu respiración, compartiendo el ritmo de mis besos; mi respiración, guiada por el roce de tus labios. Derrotada por el deseo en tus ojos. Delicados y suaves pliegues. Mis dedos que se perdían, naufragando en tu oquedad cálida. La cintura agitada, arrastrada por la marea de mis manos. Las cuerdas tensas de nuestros cuerpos diluyéndose en acordes de arpa. Serpientes ondulantes que derriten las defensas y se enroscan. Tu cuello de mármol cincelado a besos. Escultura amorosa. Los ojos que lamen el río, el mar y las cataratas. Vino rebalsando de las copas. La sed. Amante embriagada. Piel satinada de rocío. Tu voz. Tu cuerpo. Tu nombre. Daniela. Daniela Miller…

Ha salido el sol a pesar de la garúa. *Regreso mañana. Si vas a París me avisas, ¿entendido? No quiero que te me desaparezcas otra vez.*

○ ●

—Profesora, cuénteme la relación que tenía usted con Fernanda Rivas, la que en un momento fue camarada número Dos. En tanto tiempo de convivencia me imagino que se hicieron muy cercanas, amigas íntimas —comandante Romero prende un cigarro, yo evito mostrar el fastidio que me produce el humo. No puedo demostrar ni un guiño de debilidad.

—En la revolución tenemos camaradas, no amigos —lo corto en seco.

—Cuestión de ponerle nombres distintos a las cosas —aclara Romero, con una sonrisita que no puede disimular su satisfacción por haberme irritado. Libera una carga de humo que opaca el cuarto.

Tú no te vas a enterar de nada. Si sabes tanto como dices, comandante, ¿para qué me preguntas entonces? No tienes que saber que Fernanda y yo nos conocimos un par de meses antes del fracaso en el arenal. Recibimos malas noticias. No obtuvimos el financiamiento para los proyectos en

esa comunidad. El ingeniero movía la cabeza de un lado a otro, miraba al piso sin decir una sola palabra, completamente abatido; los planos que había diseñado sin cobrarle un solo centavo a nadie, yacían en la mesa agitados por una brisa árida que entró a la sala. Uno de los planos se enroscó y cayó al suelo. Nadie lo recogió.

Me mordí el puño de pura rabia. Estaba harta de falsas promesas. *Marcela, es sólo un proyecto, si no lo financian ahora ya encontraremos otras maneras de hacerlo*, me decía Fernanda con una serenidad inaudita. Yo sólo atinaba a apretar los dientes de tanta cólera. Tantas gestiones, tantos planes, tantas promesas. El arenal seguiría siendo la misma tierra de nadie. *Las palabras de nada sirven*, le dije a Fernanda con la voz casi quebrada entre mis dientes de tanta cólera. Otro proyecto frustrado, sin financiamiento, ni ayuda del gobierno. Uno más, uno de tantos. La cuenta está ya perdida. ¿A quién le importaba? ¿A quién le importábamos? *Te equivocas. Las palabras tienen más poder del que te puedas imaginar*. ¿Cómo podía creer Fernanda en el poder de las palabras? ¿Cómo era posible?

Tampoco sabrás, pequeño Romero, que nos veíamos con Fernanda casi todos los días. Trabajábamos juntas en los lugares más pobres en las afueras de la capital, organizando proyectos para comunidades. En los mítines del Sindicato de Profesores ahí estábamos, siempre juntas. Tantas veces los rochabuses nos tiraron al piso con sus látigos de agua. Pero nosotras seguíamos avanzando y resistiendo. Ni te vas a enterar, comandante, de que Fernanda era muy austera consigo misma, de poco hablar, pero su generosidad era desbordante. Era una hormiga trabajadora, infatigable en la acción social. De política y revolución, sólo de eso hablaba. Enfocada. Su mente centrada en eso. La perfecta militante. Lista para darlo todo por los otros. La vi subir a lo más alto de la acción armada, a la cumbre del pensamiento guía. Revolución encarnada.

Yo sé de lo que te hablo. Guarda tu rabia y tu odio muy bien. Consérvalos. El odio nos abrirá el camino hacia grandes cosas. Ven conmigo al auditorio de la Federación el próximo viernes y sabrás de lo que te

hablo, Marcela. Verás lo que pueden hacer las palabras. Ahí comenzó todo. *Las palabras son puro aire; pero sólo iré porque tú me lo pides*. Tú no sabes nada, Romero, ni entenderías la dimensión heroica de la camarada Dos.

○ ●

El auditorio de la Federación hervía de obreros, profesores y estudiantes. Al centro de la mesa, un hombre con gruesos lentes de carey que enmarcaban su rostro neutro, muy tranquilo, con un aire profesoral que hacía presagiar una tarde aburrida. Tanto por hacer y yo en una conferencia. Me acomodé al lado de Fernanda. Su rostro había cambiado; transfigurado, quizá. Nunca la vi mirar a alguien de esa manera. ¿Qué era aquello? Su cuerpo permanecía rígido en el asiento mientras sus pupilas expectantes se llenaban de luz. ¿Qué le estaba pasando?

Cuando aquel profesor de gruesos lentes se levantó, el concierto articulado de su discurso me hizo olvidar al resto del auditorio. Las cosas que decía y el vigor con que se expresaba no correspondían a esa traza de académico. La brillante inteligencia con que tejía ideas y las conectaba a la realidad era insuperable. Un hombre que sabía de lo que hablaba. El tejido se iba articulando en una danza de conceptos: lucha de clases, hacer la revolución, comenzar en el campo, Mao, Lenin, Marx, Partido Comunista, no detenerse hasta conseguir el poder. Su voz me retumbaba en medio del cerebro. *El objetivo primordial es el poder. Ya lo dijo Lenin, camaradas: "Salvo el poder, todo es ilusión"*. El poder. No parar hasta tenerlo. Ilusión era creer en proyectos financiados por otros, en sindicatos, en mítines, pura ilusión. Nada más que ilusión. El poder era lo real. ¿Era eso lo que brillaba en los ojos de Fernanda?

Los aplausos anunciaron el final y me atreví a lanzarle una pregunta:

—Los líderes de la agrupación *Nación Roja* dicen que las mujeres nos vamos a encargar de recolectar pollos —algunas

risas cruzaron el auditorio—, así que quiero saber, profesor, ¿qué papel en la revolución nos ofrece a las mujeres su partido?

Él levantó una ceja, se acomodó los anteojos, me clavó la mirada, tosió para despejar su garganta y habló. *Su mayor incorporación al proceso de la producción y la misma agudización de la lucha de clases en el país plantea necesariamente el problema central de la politización de la mujer como parte integrante de la guerra popular. El Estado, cada vez más reaccionario, les niega el futuro. El único camino de la mujer profesional es asumir el rol que como intelectual la historia le demanda: participar en la revolución.* Lo vi todo, como si una fuerte luz que salía de su garganta me atravesara el centro del pecho e irradiara todo dentro de mí para disipar cualquier oscuridad. El suyo era el único camino posible. Sus palabras podían transformar el mundo, podían escribir la Historia. La mujer plenamente incorporada a la revolución. Entendí ese brillo que tenía Fernanda en los ojos.

—Tengo que conocerlo.

—Por supuesto, Marcela. Vamos a cenar juntos los tres, ¿qué te parece? Tenemos planes que queremos compartir contigo —me anunció Fernanda en tono cómplice.

—¿Lo conoces?

—No te lo dije antes porque aún no era conveniente. Él es mi marido.

○ ●

Otra yunza hubo y luego varias más. Gaitán se te acercaba. Corrías tú, Modesta, escapando entre los globos, los bailarines, los que bebían chicha y las serpentinas. Otra yunza y tu primo se alejaba. Gaitán practicaba los hachazos. Algunos árboles cedían, otros se mantenían fuertes. Gaitán venía con serpentinas en las manos y te enroscaba en ellas. Te las acomodabas, eran de colores brillantes. Quieres irte de la casa de tus padres, Modesta, tu propia casita ya quieres. Meses después, la comunidad

reunida baila nuevamente alrededor del árbol. Gaitán se decide a tomar otra vez el hacha. *Mira, mira, no dejes de mirar* te dice, jubilosa, tu madre. La comunidad baila en esta yunza infinita. Retumban los regalos y el árbol cae de un solo golpe. La ronda se deshace y todos corren para ganarse algo, menos tú. Te quedas sonriéndole a Gaitán.

○ ●

Sientes el olor fuerte de Gaitán sobre ti. Su cuello huele a venado de montaña. Su pecho a tierra seca. Ay, Gaitancito, mi Gaitán. En la espalda le pones la mano para jalarlo más hacia ti. Más cerca. Dentro, Gaitán se mueve. Un poquito duele. Ay, dices y lo jalas otra vez hacia ti. Ay, y él se sigue moviendo. Suda su cuello, su oreja, sus hombros. Una barra como de fierro caliente ahí abajito en tu adentro. Respira fuerte Gaitán, fuerte. Ay, ahí, sigue, que se enciende y te hace abrir más las piernas, Modesta, él sigue y te acomodas bajo su peso para sentirlo más. Rico, eso, ahí. Sigue, Gaitán. Un puma vigoroso corriendo por todo el valle. Tu adentro. Rico partirte en dos. Sigue, Gaitán. Tus piernas lo atrapan. Empuja desesperado. Las puntas de tus senos se apachurran contra su pecho. Partida en dos, cuatro, mil. Tiemblas. Sudas. Un gemido fugitivo. Tu río, en el que navega Gaitán, se hace otro río más torrentoso con el suyo. Tu piel se eriza. Tiemblas en la luna de la noche y tu cuerpo se estira hasta las nieves del apu haciéndolas derretir. Modesta y Gaitán.

○ ●

Hoy no me llamaron para que Romero me haga sus preguntas. Acostada en mi cama, miro el techo de esta celda y recuerdo cuando recién me casé. Mi esposo. Luna de miel y él entrando en mí. Así como entraba en mí, lo vi todo. Escenario completo.

Ahí vendrían los hijos. Casa. Cocina. Trabajar también, pero sumarle todo lo otro. Me mueve. Se mueve en mí y empuja dentro pañales, platos, cocina, vestido, maquillaje, por los siglos de los siglos y por siempre jamás. Todo dentro. Se me venía encima como un huayco. Escena perfectamente montada, preparada para mí desde que nací. Un camino sin ninguna salida, lo mismo que les toca a casi todas por haber nacido así. Mi tiempo exprimido, arena gastada del reloj, un caballo con los ojos cubiertos. Seguir de frente y no hacer preguntas. Único camino que te dan. Lo vi todo. Sofocada. Me acomodo mejor, sobre él. Lo cabalgaba pero no había riendas. El campo se extiende, podría extenderse más. Pero seguía dentro y empujaba. Yo no tenía las riendas. Algo tenía que hacer.

Apagué, desconecté. Luego pensé en Fernanda, su esposo y la revolución. Había que voltear el mundo, ponerlo al revés. El profesor explicó que la revolución es plenamente necesaria, que las cosas no cambiarían a menos que acciones fuertes sean realizadas con decisión. Debía hacerse cuanto antes, sin perder un solo minuto. Yo también quería marchar. Hice lo posible por conciliar vida doméstica y lucha revolucionaria, pero el tiempo no alcanzaba. Las veinticuatro horas del día no bastaban. La revolución requiere siempre dedicación exclusiva, una consagración completa y absoluta. Un esposo y una hija eran mis lastres para la lucha. Imposible mantener el equilibro. Ser esposa me hacía perder demasiado tiempo. Con el profesor y Fernanda haríamos grandes cosas en adelante. Él, luminoso, sería la voz; Fernanda, decidida y sólida, los brazos; y yo, enfocada y visionaria, las piernas. Iría a donde ellos me enviaran. Cuando lográramos el objetivo principal y volviera a ver a mi hija, le iba mostrar el mundo que construimos. No más hambre, ni injusticias, ni muchachitos descalzos en un arenal, sin agua ni escuelas. El pan en la mesa de todos. Todos todos todos. Queríamos transformarlo todo.

Sentí que había llegado el momento. Esa noche, mi esposo se tendió en la cama. Sentí sus labios aproximarse a mi cuello, iniciando el ritual nocturno que me drenaría energías

necesarias para la revolución. Él acomodó su cuerpo sobre el mío y me separó las piernas ávidamente. Cuando sentí que sus manos avanzaban hacia mi ropa interior, abrí los ojos y lo fulminé.

—No me toques.

Congelado por mi voz y mi mirada, me dejó en paz. Esquivaba mis ojos, como si algo lo asustara. Aproveché su titubeo para definir mi posición.

—Tengo todo listo.

—No pensé que te atreverías —respondió dándome la espalda.

—Ese es tu problema, pensar que me conoces muy bien.

—¿Y tu hija no te importa?

—Por eso mismo me voy. Porque no pienso dejarle este país así como está. Ella entenderá algún día.

—Marcela, eres una cobarde —la voz se le achicó al decir eso, hasta parecía que le temblaba, ¿era miedo?

—Cobarde eres tú que te quedas aquí, bien acomodado en tu sofá con tu periódico y tu televisor, en tu vidita burguesa.

—Mi hija me necesita.

—La revolución me necesita.

A la mañana siguiente, toda mi vida estaba resumida en una maleta. Después que mi marido se fue a trabajar, llevé a mi hija a la casa de mi madre. Todo decidido. Todo sopesado. Todo analizado. No me alcanzaba el tiempo para ser esposa. Había llegado el momento de entregarme completamente.

○ ●

Borré las marcas de la debilidad. Un trozo de algodón humedecido para limpiar el maquillaje de mi rostro. Limpio y puro debía quedar en este nuevo nacimiento. Sujeción plena e incondicional. Sin adornos, ni aretes, nada. El pelo recortado. Fernanda me ayuda en esto. Me lo dejó casi como el

suyo, hasta en eso la diferencia se va a borrar. La igualdad comenzaría por nosotras. Una blusa sencilla y unos pantalones azules completaban mi atuendo. Así vestiré para servir a la revolución y al partido. Total entrega. Todo al pensamiento Líder. Camarada Marta sería a partir de ese momento. Entré al partido como quien entra en religión. Salió mi esposo, expulsado de mi cuerpo. Después, a la sierra, al epicentro. Armar la mente. Entrenarme para destrozar, prepararme para construir.

○ ●

—Mel, ¡no sabes la última! El otro día pasé un tremendo roche en la disco.

—¿Qué hiciste?

Jimena se ríe algo avergonzada en su asiento mientras atravesamos la ciudad de la garúa a toda velocidad rumbo al Kraken. En la radio suena Madonna. Abro la ventana de mi 4x4. La garúa me empapa la cara, refrescándome. Enciendo un Marlboro. Le digo a Jimena que se apure, falta poco para que lleguemos. Entre incómoda y tímida se decide a contarme su historia.

—Sabes que mi universidad es muy variadita.

—¿Variadita?

—Todo tipo de gente, pues. No sólo así, como tú y yo.

—Ah…

—La semana pasada fui a la disco con una chica que estudia conmigo. Tú sabes, tengo mi lado democrático.

El adjetivo me suena ridículo pero me muerdo la lengua para no decírselo. ¿Como somos tú y yo? Quizá también yo experimento mi lado democrático llevándola a la disco, porque a las fiestas de Ana María no la invitarían. Jimena me cuenta que cuando llegaron, el guardia de la entrada miró a su amiga con cara de pocos amigos, de pies a cabeza. Hizo una mueca de fastidio. Mala señal. Jimena captó rápidamente lo que se venía, entendió que la batalla estaba perdida desde siempre y

comenzó a dar media vuelta mirando al cielo nocturno. *Hay una fiesta privada esta noche,* dijo el gorilón. La amiga de Jimena comenzó a agitar los brazos y levantar la voz, reclamando. *¿Qué te pasa? ¡Queremos entrar!* El tipo bloqueó la puerta con todo su cuerpo, se le notaban los músculos casi pétreos, todo un ganado de gimnasio. Jimena comenzó a sudar, implorante. *Por favor, vámonos*. La otra se puso más terca. *Te digo que mi amiga y yo queremos entrar.* El hombre apretó las cejas y repitió la fórmula. *Hay una fiesta privada esta noche.*

—Me quise morir, Mel. Que la tierra se abriera y me tragara entera. Una vergüenza…

El musculoso puso cara de asco y estiró los brazos hacia ellas de una manera que a su amiga no le gustó. *¿Qué diablos te pasa? ¡No me pongas la mano encima!* Jimena, con la mejor carita de ángel de su repertorio y toda la fuerza de la que era capaz, tomó a su amiga del brazo y la fue alejando del Kraken. La otra increpaba, pero sabía que esta batalla tampoco era suya.

—Oye, Jimena, pero no entiendo cuál fue el problema. ¿La chica estaba con pantuflas o algo raro?

—Para nada, Mel. Mi amiga estaba muy bien vestida. Pero tú sabes…

—¿Qué?

—Tú sabes, pues… Es buena gente, solamente que algo oscurita…

Jimena no acaba la frase y sólo atina a reírse. Me vuelvo a morder la lengua para no decirle lo ridículo que me parece su comentario, aunque no deja de tener algo de gracia. Doy otra calada al Marlboro y siento su sabor acolchándose en mi lengua. Un perro pasa al otro lado de la calle, apurado. ¿A dónde va apurado un perro?

—No seas así, que no te dejen entrar a la disco es algo que puede pasarle a cualquiera. Tú sabes cómo son —lo digo sin creérmelo completamente y lanzando una bocanada de humo. A veces me provoca que desaparezcas, ciudad de la garúa.

—Ni hablar, Mel. A ti jamás te pasaría eso. ¿Acaso no has visto cómo te tratan los gorilas de la disco? Si no te ponen una alfombra roja, es porque no la tienen.

Poco me importan los gorilas y sus alfombras rojas. Lo que quiero es llegar de una vez. Estaciono el carro y enrumbamos al Kraken. A preparar el fusil y ver cómo nos va la puntería esta noche. Entramos sin problemas y, antes de que cada una ocupe su parcela en el campo abierto de la pista de baile, Jimena me toma del brazo para decirme:

—¿Viste cómo entramos? Si estoy contigo, estoy con Dios.

—Por favor, no digas huachaferías.

○ ●

apagón ha sido en toda la capital siempre pasa cuando llegaste tú la luz volvió una torre ajá no es poesía tú misma lo viste sí claro qué quieres hacer ahora vamos a un lugar más tranquilo hay roche el sitio es open mind perfecto *hoy paso el tiempo demoliendo hoteles* tienes una linda sonrisa disculpa pero no bailo estoy con ella le dijiste eso a un tipo he venido aquí contigo y no quiero bailar con nadie más dos torres que hacías sola en una disco gay me gusta esa música y adoro bailar ¿pero no te gustan las chicas? hay cosas que no parecen o no se notan *yo que luché por la libertad y nunca la pude tener* me has hablado poco de ti todo a su debido tiempo tiempo algún día tres torres te contaré mi historia tiempo tiempo sí tiempo tú sabes más cosas de mí tiempo no sé de dónde saqué fuerzas para llamarte menos mal que me pediste el número de teléfono yo no te lo pedí tú me lo diste sin que te lo pidiera *ahora no estoy más tranquilo y por qué tendría que estar todos crecimos sin entender* me encanta tu manera de bailar cuatro torres tu mirada es linda Melanie triste simpática linda.

○ ●

Cada mañana vas hasta el río para recoger agua en dos ollas ennegrecidas por el tizne, Modesta. Tu esposo y tus dos hijos todavía duermen, es muy temprano. El recorrido a través de la quebrada es el único momento del día en que puedes estar sola, lejos de las quejas de Gaitán: que nunca alcanza la plata, que está cansado de tener que ir tan seguido al otro pueblo para vender lo que produce la chacra, que últimamente estás cocinando todo muy salado. Purita queja, queja, queja, que ya tanto te aburre. Por eso te gustan tanto estas horas del día, tempranito, te sientes dueña de las montañas, de los pájaros, del río. Aunque cambian perpetuamente, también te sientes dueña de las nubes; hasta parece que te caben en la palma de las manos. Ligera como ellas, te acuestas un rato en el pasto y flotas en tus recuerdos. ¿Dónde estará ese sombrero rojo que te regaló tu taita Samuel? Lindo te había quedado ese sombrero y el Gaitán se ponía celoso celoso celoso cada vez que tu primo te silbaba por lo buenamoza que estabas. Se te ponía la cara roja de vergüenza, más roja que el sombrero. Cargoso es el Gaitán cuando quiere. ¿Será que te lo ha escondido? Bandido es. El otro es tu primito nomás, ¿acaso va a pasar algo con él? Ni loca que estuvieras. Entre primos no se hace porque después salen raros los bebés, seis dedos sacan o hasta un ojo de más. Pero es verdad que está guapo tu primo.

Aquí donde has nacido, la tierra es dura. Intuyes que la vida detrás de los cerros es diferente. ¿Cómo será pues por allá? La curiosidad todavía no ha anidado para hacer alas en ti. Ya vendrá su tiempo. Recoges el agua y vuelves a tu casa, a tu familia, a tus animalitos, a tu chacra. A todos los que te reclaman. Esta es la tierra que conoces y te da seguridad, estás enraizada, amarrada a ella aunque te cueste mucho hacerla producir. Pachamama es generosa cuando la tratas bien.

Entras a casa y te reciben los cuyes correteando por todas partes. Heredaste de tu abuela el cariño por estos animalitos. Tímidos como tú, son bien chunchos apenas te conocen, pero después ya se tranquilizan y se te acercan cuando van agarrando

confianza. Te da mucha pena matarlos pero así es la vida. Hoy le sonríes a los cuycitos, los alimentas, los acaricias y mañana estarán cocinándose en una olla grande, mezclados con hierbas que huelen bien rico. Mañana es el cumpleaños de tu esposo, una de las pocas ocasiones en que se permiten comer los cuyes que crían. Cuesta plata cocinarlos. Barato no es. Cui cui cuiiii chillan durante el día revoloteando en el corral y por las noches sus chillidos se confunden con la respiración de tus hijos.

○ ●

Él contempla la ciudad a través de la ventana que da al río. Es un día gris, típico de las mañanas de otoño, perfecto para quedarse bebiendo un té y leyendo en su sofá favorito, pero hoy tiene una reunión y un decreto por firmar. Ese río de aguas turbias es un reflejo de lo que encontró en su tarea de gobernante: desidia, falta de proyección a futuro, estancamiento, mediocridad, casi todos con ganas de estar en otra parte y no aquí. Un grupo de gente atraviesa el puente, muchos de ellos migrantes provincianos que llegaron a la capital para mejorar su vida. Parecen manchitas del mismo color, sus ropas casi se confunden con el cielo gris, todos opacos. Cansado, reposa la vista en las columnas de mármol de su despacho.

Llegan ellos para empezar la reunión. El almirante entra en la oficina, puntual y sólido en su caminar: esa distinción que lo hace uno de los mejores invitados en sus fiestas. Buena conversación, buen gusto, un hombre de mundo. El general parece más preocupado, sus pasos son más rígidos. Él sigue mirando las columnas, esas líneas puras. Los otros son los que hablan. *Los policías son emboscados continuamente. Ya no se puede confiar en nadie. Además, el líder de ese grupo está en la clandestinidad y su único objetivo es desarrollar lo que ellos llaman la guerra popular.*

El general extiende un mapa sobre la mesa. Él ya conoce la zona, estuvo ahí hace un tiempo, cuando los primeros brotes aparecieron. *Tienen que saber que la mano no nos va a temblar.*

Están en guerra contra el Estado y tienen que enterarse de quién manda. A estas alturas las palabras ya no causan ningún efecto. El Ejército debe reforzar sus bases y la Infantería de Marina se encargará de las cuestiones más tácticas. Es difícil distinguir entre los campesinos quiénes están con ese grupo y quiénes no; así que debemos tomar medidas contundentes, como le dije. Marcan las zonas, puntos sobre el mapa. Instalar bases. Eso ya sería una guerra. La policía no pudo hacerse cargo. Podría diseñarse un plan. Un plan bien organizado, metódico, un plan que *No podemos desarrollar un trabajo de Inteligencia muy detallado, tomaría demasiado tiempo.* Un plan que requiera inteligencia para desarticular al enemigo, ¿cómo se puede dejar de lado la inteligencia? Hay que pensar las cosas. Vidas humanas. *Tenemos que entrar a arrasar donde hayan sospechas de la presencia de los subversivos.* Sospechas. Él pone la mano sobre el mapa. Se le resbala y deja una marca húmeda sobre el papel. Toda la provincia manchada de sudor. El general y el almirante lo observan fijamente. *Han matado muchos policías y pueden ser más*, dice uno. *Tenemos que contraatacar, dice el otro.* Él retira la mano del mapa. Una espiral que se le está escapando de las manos. *Si matamos treinta, seguramente algún subversivo habrá ahí.* ¿Si solamente fuera uno? ¿Qué pasará con los que no lo son? *El cálculo de los inocentes no es táctico.* El espacio lo comprime. Parece que las columnas estuvieran doblándose. Quiere salir. *Estamos en guerra. Si no los contenemos ahora, la violencia podría desbordarse hasta acercarse demasiado a la capital.*

—¿Aquí?

Él se incorpora violentamente, nervioso. Siente una gota de sudor que se desliza por su espalda. Camina nuevamente hacia la ventana pero ya no ve el río. Sabe que esperan una reacción suya. La guerra aquí, no puede ser. Falta tan poco para que acabe su mandato. Por ser tan pacífico hace algunos años, ahora el problema ha crecido. *La violencia es siempre un peligro, puede llevarnos a una guerra abierta. Pero sin mano dura, todo se ha descontrolado.* Piensa en su familia y las familias de sus amigos. En todos los que lo han elegido. No puede permitir que la guerra llegue aquí, cueste lo que cueste. ¿Cómo lo recordarán? ¿Lo recordarían? Inesperadamente, un rayo de sol se abre paso

entre las cargadas nubes haciéndole cerrar los ojos. Él vuelve a la mesa. La mancha de sudor sobre el mapa se ha evaporado dejando una arruga sobre la superficie. Con desgano, garabatea notas que luego se transformarán en un decreto. Autorizados. *A sus órdenes, señor presidente*.

○ ●

cuántos fueron el número poco importa veinte vinieron treinta dicen los que escaparon contar es inútil crac filo del machete un pecho seccionado crac no más leche otro cae machete puñal daga piedra honda crac mi hijo crac mi hermana mi esposa crac mi padre crac carne expuesta el cuello roto machete globo ocular atravesado bala fémur tibia peroné bala sin cara oreja nariz *eso les pasa por terrucos* crac *no somos papacito lindo no somos* no escupas no crac en línea cinco ponlos ráfaga al vientre bala sopa de sangre salpica hace barro sus botas resbalan soldado bala gritos aullido chirrido quemada huesos bala diez nomás eran suficientes sogas brazos para arriba apestas hedionda crac apestas apestan tus pies sus chuchas sebo machetazo barro el piso chap chap penes testículos que se lo coma tu madre vieja abre la boca crac por piedad machetazo *ya mételes bala nomás* crac campesinos machetazo *así se mueren los subversivos* crac labio diente garganta *no somos* bala *sí son* diez suficiente machetazo crac la tierra se empapa no recibe más sangre crac pachamama vomita el líquido del pueblo bala se escapan balas corren antes que caigan más aullido cállate puñal ojo no sale por fin te callaste puta balas bala balas ráfaga de viento se acabó desolación silencio pampa vacía pueden volver todos muertos accomarca.

○ ●

¿Cuántos años tendría? Quizás doce o trece. Estaba en el colegio de las monjas. Recuerdo que me hicieron leer la vida de

Santa Teresa de Ávila y desde ahí quedé completamente enganchada. Me fascinaba esa mujer tan fuerte, tan aventurera, toda una líder que dirigía y organizaba a otras mujeres para reformar lo que ya era anticuado. Sus conversaciones de tú a tú con los Inquisidores y doctores en Teología eran completamente brillantes. Les decía lo que querían oír y así se escapó de la hoguera en la que perecieron tantas. Su obsesión era única y rectora: Dios. En torno a esa obsesión giraba todo lo demás en su vida. El encierro conventual no fue un obstáculo para que Teresa, la santa, desplegara su plan reformista. Admiraba su perseverancia y camuflaje. La disciplina también. Con un centro claro, fijo y estable, con una disciplina recta y sólida, sólo queda por calcular el delicado tejido del discurso. Decir lo que otros quieren escuchar y así, en la sombras, detrás de lo que se muestra y se exhibe, ir trabajando para los objetivos que una quiere. Fernanda tenía razón, las palabras podían ser más poderosas de lo que parecen.

El fermento femenino será la clave en esta lucha, me dijeron el Líder y Fernanda. *A más explotación, más fuerza para tomar el fusil.* Ahora me tocaba instruirme, que mi cuerpo se discipline y se transforme en un arma revolucionaria. Más fuerza, más belicosidad, nada de maridos, ni cocina, ni hijos. Nada que me debilite. Aumentar mi fuerza para ponerla al servicio de la revolución, era la consigna.

○ ●

La quebrada había quedado pegajosa después de la lluvia matutina. Nos dieron algunos rifles y pistolas para entrenar. Mi puntería era la mejor de todo el grupo. Aprendí a armar y desarmar el fusil y el revólver con los ojos cerrados, sin fallar, tan rápido que los compañeros querían hacer apuestas para ver en cuántos segundos lo hacía. Cuerpo a tierra, corriendo, caminando en línea, cualquier formación era idónea para acertar.

Desde ahí me acostumbré a tener un arma siempre conmigo. Si antes me pintaba con el labial y me sentía desnuda si no lo llevaba puesto, ahora la lucha revolucionaria había cambiado mi vida. Desnuda me sentía si no llevaba mi arma al cinto. Mi piel se había adaptado a su forma. Mis manos reclamaban ese revólver que se me había asignado para liberar a los heridos de su último suspiro. Como si mis dedos se hubieran alargado y se inyectaran en los sesos de los desgraciados. Dedos bala. Brazos fusil. Cuerpo revólver.

○ ●

Ya habían pasado dos días desde la última vez que pudimos comer en un pueblo. Tuvimos que irnos apresuradamente cuando llegaron los militares. Varios de nuestros compañeros cayeron heroicamente, pero fue imposible recuperar sus cuerpos y darles el entierro que se merecían: envueltos en bandera del partido. Quedamos solamente cinco: camarada Felipe, tres combatientes más y yo. Debíamos reunirnos con los otros.

Sabíamos que los soldados nos seguían los pasos. Continuamos caminando por las montañas, pero ya se veían los signos de cansancio entre los compañeros. Nadie se quejaba, pero la falta de agua cuarteaba las voluntades, gota a gota. El camino se ponía más difícil, había que abrirse paso entre una vegetación que parecía puesta a propósito para rajarnos el ánimo. *Paremos compañeros, por favor.* Uno de los camaradas ya no podía más. Camarada Felipe no hizo caso a esa súplica. Estábamos bajo su comando. Pude notar que de cuando en cuando volteaba para mirarme explícitamente a mí. ¿Qué estaría pensando? Se puso a cantar uno de los himnos del partido. Lo seguimos como pudimos, pero el volumen del canto fue disminuyendo con la luz del día. *Por favor, camarada Felipe, paremos*. Otro combatiente que no podía más. Felipe me miró, interrogándome. *Usted dirá, camarada Marta, ¿paramos o seguimos?*

Las piernas ya eran un clamor de descanso. Mis brazos se deshilachaban. Si al menos tuviéramos un poco de agua… *Hay que dar la vida por la revolución, camarada Felipe. Ni un minuto podemos perder. El enemigo es miedoso y pelea sin conciencia, pero nosotros no podemos ser aniquilados y lo damos todo ¡Sigamos!* Sus ojos brillaron de respeto.

○ ●

"La verdadera igualdad entre el hombre y la mujer sólo puede alcanzarse en el proceso de la transformación socialista de la sociedad en su conjunto".

MAO TSE TUNG

○ ●

—¡Comadre Modesta! ¿Cómo está mi ahijadito el Abel?

Justina Quispe llega con su alegría de siempre que inunda tu casa. Acaba de llegar de un pequeño viaje y trae dos porongos de chicha. La recibes con mucha alegría. Se conocen desde que eran chiquitas y correteaban juntas atrás de las vicuñas. Además de amigas del alma, ahora son comadres. Le cuentas de la última reunión comunal, donde repartieron el trabajo para ayudar en la siembra a la familia Huaroto. Los dos esposos estaban muy enfermos y sus hijos eran chicos todavía, así que toda la comunidad iba a ayudarlos. Los hombres hablaban y hablaban, tú estabas sentadita escuchándolos hablar y decidir, sin atreverte a decir algo. Cuando la reunión terminó, el consejo le había asignado a Gaitán más horas que a los demás, pues ante su ausencia, sabían que no reclamarías.

—Uy, Modestita, seguramente el Gaitán se puso rabioso contigo.

—Sí, comadre…

Una furia estaba hecho el Gaitán cuando llegó a casa por la noche y le dijiste las horas que le tocaba trabajar en la

chacra de los Huaroto. Bravo se puso, comenzó a levantarte la voz. Un toro parecía. *¡Aprende a reclamar, aprende como la Dominga que siempre reclama por su marido!* Gaitán te agarró del brazo y te removió toda, como si fueras un trapo. *¡Sonsa pareces, callada nomás paras en el concejo! ¡Para qué te mando sola allá!* Aguantaste la rabia de tu esposo y todo el jaloneo. Un par de cocachos te metió Gaitán en la cabeza, bien duro ahí, todavía te duele.

—Qué bruto el Gaitán para pegarte, comadre, no te dejes pues. Ay, comadrita si fuera yo, lo jalaba de las mechas y le metía un sopapo ahí en la jeta.

Le pides a Justina que se tranquilice. Gaitán es buen hombre, fuerte y recio para trabajar la tierra y vender las cosechas. ¿Qué harías sin él, pues? Pachamama no se deja fertilizar así nomás, te hace falta el brazo robusto de tu marido para que pueda brotar y alimentar a tu familia. Ya después nomás los cocachos se pasan. Así son las cosas.

—Ya le tocará al Gaitán su merecido. Ya le tocará. Pero ahora lo que me tiene preocupada es otra cosa.

—¿Qué será, comadrita?

—Lo que se nos viene, Modestita, nadie lo ha previsto, pero yo sé que nos va a costar mucho y nos va a doler…

—Todo lo está cantando, ¿no? Desde los animalitos hasta las voces de los ríos y lo que están hablando ahí en los mercados. Todo.

Tu comadre revuelve el café y le echa unos pedazos de pan que se quedan flotando. Los va haciendo papilla en el fondo de la taza.

—Hay que prepararse nomás. Ya ni con ofrecimientos al apu habrá nada que podamos hacer.

—¿Tan malo está?

—Muy malo. Nos han abandonado los apus. Nos estamos quedando sin nada.

○ ●

Es domingo por la mañana y todos los comuneros cargados de sus productos han venido al mercado. Gaitán ha traído varias gallinas y algunos cuyes bien gorditos. A pocos metros de su puesto, ve que los hermanos Quechán han traído cuyes también, muchos más que él, pero ninguno tan gordito como los suyos. El antipático de Carlos Quechán, todo desgarbado con los pelos grasientos y la cara de idiota, se le acerca. Gaitán prefiere no hacerle caso, pero se le hincha el hígado de pura bronca al ver a Carlos pavonearse frente a él como si fuera el rey del mundo. Se cree la gran cosa porque su padre es el gobernador. *¿A quién le ha ganado este infeliz?*, piensa Gaitán, y se embute algunas hojas de coca después del respectivo ofrecimiento al apu.

Carlos Quechán inspecciona los cuyes de Gaitán.

—¡Para ti están bien caros, ah! No te va a alcanzar para comprarlos.

—¡Jaja! Gaitán, gracioso eres, los míos están mejores que los tuyos, vas a ver cómo se los llevan.

Cerca del mediodía, el mercado alcanza su momento más efervescente. Llegan comuneros de todas partes con noticias de los pueblos cercanos. Unos cuentan que el presidente nuevo va a construir una carretera para conectarlos con la capital de la provincia y que van a poner algunas postas médicas, pero todavía no se han decidido cuáles caseríos serán los beneficiados. *Acá el que no llora, no mama, papacitos*. Otros dicen que los terrucos están avanzando cada vez más en la provincia y que hacen escuelas para enseñar sus ideas. *Que vengan nomás si me van a regalar vaquitas. Dicen que las roban. Mejor que se vayan a otro pueblo, entonces. Abigeos nomás son.* Sobre la plaza la marejada humana discurre activamente entre el olor de las verduras y los animales. Los perros acechan los puestos de las aves para ver si por suerte les cae algún retazo de tripa. *La Manuelacha me ha contado que si no les das tus animales, son bien malos con uno. Yo he escuchado que matan. Las comunidades del sur van a pedir que el Ejército les instale bases para que los proteja.* La gente camina entre los

choclos, las papas, los camotes generosos, puestos que rebalsan de gallinas y sus huevos, un atado de carneros gritones casi ensordece ese lado del mercado. *La policía no sirve contra esos, ahí en el otro caserío se escaparon corriendo como venado cuando vieron que los terrucos bajaban desde el cerro. Los soldados sí están preparados. Son mejores.*

—Escucha, llorón, te están hablando —le dice Gaitán a Carlos Quechán al vender otro cuy. Ya sólo le quedan dos.

—Atórate con tu coca nomás, Gaitancito llorón. Eso nomás sabes hacer, lloriquear porque te dieron mucho trabajo con los Huaroto. Flojonazo eres. Con razón la Modesta ya se está aburriendo de ti —le responde Carlos, escupiendo al suelo, sin mirarlo.

—Y tú ni perro que te ladre tienes. Yo ya estoy acabando de vender mis cuyes y tú todavía tienes toda la caja llena, piojoso.

Un ciego ya anciano mueve su latita para ver si se acuerdan que él también necesita comer. *Vamos a formar un grupo de representantes para ir a pedir una posta. Reunamos vaquitas por si los abigeos llegan al pueblo.* Dos chicheras cantan animadamente para acompañar a sus clientes cuyas mejillas se colorean a punta del trago. *Yo no quiero darle mis vaquitas a nadie. Que vengan pues los soldados, hay que proponer eso al gobernador.* Gaitán acaba de vender sus últimos dos cuyes y levanta la tela de tocuyo que puso sobre el suelo. *Allá en los caseríos de más arriba dicen que los sinchis le sacan la chochoca a los terrucos. Duro les dan. Sí, que vengan y nos cuiden de los subversivos.* Carlos Quechán sigue comiendo su almuerzo con parsimonia, mirando aburridamente a los compradores que pasan de largo frente a su puesto.

—Chau, piojoso —le dice Gaitán.

Carlos no lo mira. Pasa rápidamente el trozo de papa que tiene en la garganta y maldice a Gaitán en lo más profundo de su alma. *Que el aire se te atraque en los pulmones y el pishtaco te deje seco.* Si no fuera porque su padre le va a pedir cuentas, agarraría un cuy para torcerle la pata mientras le sujeta fuertemente la cabeza para que no lo muerda. *Cuyes asquerosos.*

○ ●

—Se pasan estos periodistas —dice uno de la oficina y se ríe, mueve la cabeza en un gesto de negación.

—¿Qué dice ese reportaje?

—Escucha: "Elementos no identificados han atacado el poblado de V***. Robaron alimentos a los comuneros y los amenazaron con fusiles. Nadie puso resistencia. Una vez recolectado el alimento, se llevaron algunos animales. Dejaron una bandera roja que fue recogida por los pobladores". Después sigue lo típico, hasta parece que se copiaran los reportes.

—Pásame eso para acá. Mira y aprende —con un bolígrafo tacha la frase "Elementos no identificados" y coloca "Elementos senderistas". Revisa las líneas siguientes y tacha "bandera roja", para escribir encima "trapo rojo"—. Ahí está. Ahora sí puede pasar al noticiero.

○ ●

Me llama uno de los periodistas que acaba de regresar de la zona central del conflicto. Usualmente es un hombre de carácter pacífico y decidido, pero ahora lo noto molesto, iracundo. Su voz hace temblar el auricular del teléfono. Siento que se cuida de gritar, pero no puede evitar que su volumen aumente. *A mí jamás me editaron un reportaje de esta manera tan escandalosa. Jamás, Mel, jamás. Parece que son órdenes que vienen de muy arriba…* Borronean la sangre en el papel para que no salpique en la ciudad de la garúa. Ya salpicó aunque no lo quieran ver. Seguridad nacional, argumentan.

Enciendo un Marlboro y, mientras la nicotina activa mis centros nerviosos, el furibundo periodista me cuenta lo que ha visto en su último viaje y todo lo que había incluido en su reporte original. *Es un infierno por allá, se les está pasando la mano a todos.* Tenemos que liberarnos del papel, tendrá que ser la imagen la que capture y muestre. Sobre la mesa, mi cámara fotográfica me observa. Mi mano izquierda la sujeta con la

naturalidad lograda entre tantos disparos y encuadres. Me queda claro que nuestra próxima incursión será en Ayacucho. *Pero es muy peligroso, Melanie, te puede pasar cualquier cosa. Eres demasiado joven para arriesgarte.* Tengo que disparar ávidamente sobre la realidad para atraparla en mi lente, para hacerla imagen. Mis veinticinco años no son obstáculo, son pura energía. *Es difícil llegar, casi no hay medios de transporte.* No podemos dejar que los hechos se pierdan, hay que registrarlos. *Es muy peligroso, aún más si eres mujer.* Es cierto que somos muy pocas en este campo minado de nuestra profesión. Sé de miles de anécdotas que no vale la pena repetir. Prefiero dejar aquí la conversación.

La noche avanza con una placidez de la que me voy a sacudir. A bailar con o sin toque de queda. A bailar antes de ir a la sierra. Que me explote la música en el cuerpo antes que una bomba.

○ ●

La música galopa por todos los ambientes. Esta noche pocas bailan en casa de Ana María. Se entregan con voracidad a las palabras de las otras. Las noticias son casi las mismas, algunas manejan más detalles. Alguien me busca con cierta ansiedad. *¿Es verdad que te vas para allá?* ¿En qué momento se han enterado? No puedo confirmarlo pero tampoco quiero negarlo. *¿A la sierra?, ¿ahorita?, ¿te has olvidado de lo que le hicieron a los periodistas en Uchuraccay?* Ya pasaron varios años de eso. *Esos campesinos no entienden, ah. Ten cuidado, Mel.* Detesto estar aquí. Hay que romper el circuito de la censura y ese monopolio de la información. De seguro hay algún acuerdo con el gobierno. Lo están controlando todo. Una de ellas se interesa repentinamente por la conversación. *¿Campesinos? Lo peor que existe. A mi padre le quitaron sus tierras por esa tontería de la Reforma Agraria y ¿qué pasó? Anda pregúntales. Anda a ver cómo dejaron todo echándolo a perder.* No es el momento de poner las cosas en perspectiva histórica ni hablar de desigualdades. Si traigo imá-

genes, ¿será que ellas pueden ver algo distinto?, ¿podrán ver en realidad? *Esos subversivos nos están haciendo un favor. Que sigan borrando a los serranos. Que los borren a todos.* La que dice esto ha quedado enredada en un ataque de risa, se nota que lleva muchos tragos encima. ¿Y si mataran a tus hermanos? Quiero un vodka. Prefiero alejarme un poco de ellas. Me harta lo que dicen, pero las necesito. *Haré lo que pueda, Mel, yo hablo con mi señor padre y seguramente te va a ayudar.* Una amiga es una llave en estas circunstancias. *De hecho que te dan el salvoconducto rapidísimo y quizá hasta una escolta.* El camino abierto para ir a la sierra. Pero no quiero escoltas. Quiero más música. Quiero bailar. Juego con la cereza y los hielos del vodka lime. Me acomodo en el sofá. Hace varias semanas que Daniela se regresó a París y quién sabe cuándo volverá. Suponiendo que vuelva. Y si no lo hace, el mundo, como siempre, seguirá girando. Quizá fue un error volver a hablarle. *No seas loca, Mel, viajar allá en este momento es irse a la boca del infierno.* Puras metáforas…

○ ●

pum pum pum bailas bailo una sola juntas me lleva al rincón no se resiste tu perfume dice tu perfume tu sonrisa tus ojos tus manos dice mi boca mis labios mi lengua un animal descontrolado pum pum pum luces laser luces beat beat *bandido amante enemigo* se clava en mi cuello quédate ahí me estoy mojando luces baja baja baja de una vez sí *tormento amor la marea* sí *corazón amante cautivo* sí no quiero verte la cara *sin misterio* baja entiérrate ahí baja hunde tu cara *bandido bandido* dices algo no sigue la corriente otra vez mi centro vertiginoso mi espalda un arco *huracán huracán* respiración suspendida tu rostro húmedo quién eres *me perderé en un momento contigo* pum ¿mi teléfono? pum *por siempre* límpiate la cara pum en qué mundo vives.

○ ●

Recuerdo detalladamente esa noche, pues a la mañana siguiente regresaría a la acción. Tenía que llevar refuerzos a los combatientes en la sierra. La hora había llegado y sigilosa me acerqué al dormitorio del camarada Líder y Fernanda. La puerta entrecerrada me invitaba. Recuerdo todo como si los viera ahora mismo. Mi pupila se abre y se cierra, tensándose como mis músculos de ahí abajo, latientes, deseantes, empapados los ojos, se me humedecen sobre su piel. Sobre la piel del Líder. Sobre la piel de Fernanda. Abro y cierro la pupila, se abre y se cierra mi sexo anhelante. Mi respiración adquiere un ritmo lento, pausado, que contiene gotas de placer en cada inhalación. Pocas son las variaciones. Militantes en su ritmo. Predominantemente él está sobre ella. Empuja y exhala hondo. Muy hondo. La jerarquía se mantiene a estas horas de la noche. No necesito tocarlos para ser parte de ellos. Rozo sus cuerpos con mis ojos. Sé que los sienten. Sé que sienten mi mirada sobre sus espaldas. Mis ojos sobre su piel.

Tengo que controlar el dolor en mi centro, absorberlo hasta que desaparezca y se diluya en un vapor sin peso ni consecuencias. Dominar mi carne, mis ojos, su piel. El cuerpo en sí no existe. Existe un acto contundente. Una represalia del Estado. Una mujer gestante. Pedazos de un soplón. Trozos de un vendepatria. Hay también (lo dicen siempre) masacre. Arrasamientos. La cuota. Papeles, letras una sobre otra amontonándose con excesivo orden. La disciplina existe. La palabra existe pero no duele. Corta, pero no duele. Mata, pero no duele. Explosión genocida. Hoz y martillo. El sol rojo. La aurora.

○ ●

—Hay algo que no nos queda muy claro todavía, pro fesora —comandante Romero se arregla el rulo que le cae por la frente. Su infaltable cigarro en la boca comienza a inundar de humo la salita.

—Desde que nos tienen aquí encerrados, no hay nada claro tampoco para mí, comandante.

—Para eso estamos acá para ir aclarando las cosas. Parece pues que a ustedes les gustaba mucho filmarse, ¿no?

—Nuestras acciones históricas necesitan ser conservadas para las generaciones futuras.

—Si usted lo dice, profesora, es cierto. Hay un video que me llama la atención y es del funeral de la camarada Dos. ¿De qué falleció ella?

Siempre vuelve este hombre a lo mismo. Esa noche del funeral, entonamos todos el himno a su memoria. Camarada Líder dirigió las palabras de homenaje. *Luminoso ejemplo en dar la vida por el partido y la revolución. Torrente hermoso de tu sangre que ha regado nuestra revolución*. Su sangre era necesaria para seguir avanzando en el luminoso sendero revolucionario.

Varias semanas antes, el disenso ya se había planteado. Camarada Líder quería mover la lucha armada a la ciudad, donde ya toda la cúpula se había desplazado. Fernanda quería mantenerla en el campo. Ella repetía a Engels: "El movimiento mismo es una contradicción". Dialéctica que dejaba entrampado al partido. Presenciaba la lucha dialéctica. Camarada Dos quizá estaba olvidando nuestro pacto de sujeción al camarada Líder. "Absoluta sujeción a la jefatura; mi total, pleno, cabal, incondicional respaldo al hijo más preclaro de la clase. Mi sujeción a quien dirige la guerra popular en el Perú, al faro luminoso de la revolución mundial. Mi sujeción plena al partido, mi sujeción plena a nuestra línea política general, mi sujeción plena a nuestra concepción invicta del marxismo-leninismo-maoísmo-pensamiento guía". Camarada Tres mantenía un silencio inteligente. Fernanda olvidaba que ya era camarada Dos, sujeta al partido y al Líder. ¿Cómo se pudo olvidar de eso? ¿A dónde se le fue la cabeza? Camarada Líder quería actuar cuanto antes en la capital, la sede del Estado cuya política hambreadora debía ser aniquilada. Él la miró y repitió la frase de Mao: "Si uno no entra en la guarida del tigre, ¿cómo podrá apoderarse de sus cachorros?". Supe que desde ahí sus reuniones con Camarada

Tres se hicieron más frecuentes, hasta que recibí el mensaje de volver a la capital para el funeral de Fernanda.

—Camarada Dos sufrió un ataque cardíaco.

—¿Un ataque al corazón? —Romero se rasca la cabeza, moviéndola de un lado a otro en signo de incredulidad—. Y ahora, profesora, ¿a quién le creo?

—A mí, pues, comandante ¿a quién más?

—Es que no entiendo. Usted me dice que sufrió un ataque cardíaco. Su Líder nos ha dicho que ella murió en combate. Y otros dos de sus mandos, dan versiones diferentes: suicidio y un accidente al caer de una escalera. Tengo para escoger.

No podemos contradecirnos. ¿Importa remover estas cosas? No diré nada más sobre Fernanda. Ella tenía que sujetarse, ella sabía que debía ser todo así. Si Romero ha hablado con el Líder es que todavía lo tienen vivo. Eso es lo importante.

○ ●

Por fin ha llegado nuestro contacto, el que nos guiará por aquí. Parece un hombre perspicaz y muy astuto, buenas cualidades para este oficio. *Hay muchos rumores circulando, señorita. Uno tiene que estar de ojos y oídos bien abiertos, así.* Abre los ojos como si fuera a devorarnos. Muy serio. Es pequeño, compacto y sólido, pero ágil para moverse cuando nos sigue hacia el carro. Nos han asignado una escolta de dos soldados. ¿Protección o control? Uno de ellos lleva un walkie-talkie para tener comunicación permanente con la base militar. En la ciudad todas las actividades parecen realizarse normalmente. Algunas paredes marcadas de rojo hablan y gritan arengas de los senderistas. *Lo más interesante es ir a los pueblos. A una hora de camino en carro hay un caserío donde dicen que han incursionado elementos extraños*. El hombrecito compacto sonríe maliciosamente al decir eso de "elementos extraños". Se ha ganado mi confianza. Seguimos avanzando, mi colega Álvaro agarra su grabadora con más fuerza de lo habitual, las

venas en sus manos se marcan verdosamente. Mira hacia el camino como si quisiera imponer una persiana de silencio.

La placita principal nos recibe con su simplicidad. La pobreza se entierra en aquellas lascas de pintura que caen de las paredes de las casas. Nos bajamos del jeep militar. El otro soldado que nos escolta va vestido de civil, dice que para evitar suspicacias. Me pregunto de quién y hacia quién. Nosotros hacemos periodismo. ¿Cuál es la sospecha? Nuestro guía se entiende muy bien con la gente. *Hay que tenerles paciencia. Poquito a poquito irse ganando su confianza. Hablarles, invitarles a comer, aceptar lo que te ofrezcan porque si no, se ofenden y ahí ya pierdes todo lo que habías avanzado*. Hemos llegado después del almuerzo. Aunque hace algo de frío, el aire está calmado, envolviéndonos en su tranquilidad. Una pelota llena de parches, sucia de barro, rueda velozmente y por poco arrolla a un par de gallinas que picoteaban mecánicamente el esqueleto de un choclo. Tres niños vienen apresuradamente hacia nosotros, quien supongo debe ser la madre de alguno de ellos, o quizá de los tres, busca a las gallinas y trata de llevarlas hacia un corral que está a pocos metros. Trenzas, sombrero y, en eso, una sonrisa. La tengo. En ese instante sonriente, la he capturado. Preferiría seguir fotografiándola, pero mi disparo le quitó la sonrisa y ha corrido para encerrarse en su casa, olvidando a las gallinas.

Nuestro guía lleva hojas de coca y pisco a la casa de uno de sus contactos. Es una pareja de mediana edad. Los noto algo asustados. Al principio no quieren hablar. Comenzamos a mascar la coca y todos nos vamos relajando un poco. Álvaro activa la grabadora. *Los subversivos son como demonios, así nos dice el señor cura, mamacha.* El esposo bebe un sorbo largo de pisco. Achina los ojos, el alcohol lo hace estremecerse, pero rápidamente apura otro trago, aún más largo. *No tienen hambre porque comen carne de gente, el hígado, los pulmones, se toman la sangre, así nos han dicho*. Veo que el cuerpo se les agarrota a los dos cuando él hace la descripción. El hombre sigue hablando casi sin detenerse, apenas para apurar otro trago. *Esos malditos ni bien llegan al pueblo comienzan a robar todo lo que encuentran. Si no me das,*

te mato, así diciendo. Matan o se llevan a las criaturitas para la montaña. A un compadre mío lo mataron porque él no dejaba que la gente llevara ovejas a sus pastos. Era su tierra pues, estaba en su derecho, ¿no? Los terrucos preguntaron quién era ese desgraciado que no compartía su propiedad y fueron a buscarlo. Con cuchillo le han abierto su cuello. Detiene su relato y mira al piso. Me cuesta un poco mover la lengua, se me ha adormecido por la coca. Su esposa le pone la mano en las rodillas. Los congelo cuando una lágrima comienza a formarse en ella, dejándole los ojos más brillantes. Sólo ella reacciona y desvía la mirada. Él sigue bebiendo y hablando. *Todo nos están robando: vacas, gallinas, dos mulitas que teníamos.* Se pone a llorar. *Si se llevan a mis hijitos no sé qué vamos a hacer y si me siguen robando ¿qué les daré de comer, pues?*

¿Por qué no lo denunciaron a la policía? *Ellos siempre vuelven, señorita. Uno por sobrevivir tiene que estar de acuerdo con ellos. A mi compadre le han dicho que si los terrucos se enteran quién habla con la policía, lo matan ahí nomás. Siempre saben. De todo se enteran. Mil ojos dicen que tienen esos diablos.* Su voz contiene toneladas de impotencia. Las lágrimas todavía le mojan el rostro. *Por eso el padrecito dice que son demonios, mamacha,* interrumpe la esposa. Noto que lleva algo extraño colgado del cuello. El objeto tiene una forma familiar, pero al mismo tiempo se me hace difícil definirla. ¿Es una uña lo que está en su base? *Tenemos que rezar mucho, porque esos maldecidos pueden regresar cualquier noche a matarnos. Por eso todos los días rezamos, también ayunamos para que Dios nos salve. La noche acá es peligrosa. Mejor que se vayan ustedes a donde vinieron.*

No dirán más. Les agradecemos que nos hayan recibido en su casa y salimos. Álvaro no me ha dicho nada en toda la tarde.

○ ●

Está haciendo más frío ahora. Nuestro guía, que me parece cada vez más una mala copia de un oso de anteojos, nos lleva a otra casa. *Los usan como amuletos*, me dice uno de los soldados,

los dejan secar y se los cuelgan al cuello para protegerse de que los delaten. Los dedos, dicen que para eso sirven. Ya había escuchado algo sobre ese amuleto. El periodista al que censuraron me comentó que había visto varios muertos a los que les faltaba el índice. Se estaba haciendo algo común.

El guía dice que no cree en esas supersticiones. Se ajusta los anteojos para darse un aire más serio. Ha comenzado a relatarme su historia profesional, a los muchos periodistas que ha acompañado por esta zona, pero mi atención huye hacia dos mujeres que vienen por el mismo camino. Una es joven, su sombrero negro y las dos trenzas que caen a los lados de su rostro se lo enmarcan de manera perfecta. Sus cejas se encuentran al medio en una tensión que cae sobre sus ojos como una amalgama de miedo, desconfianza y rabia. La acompaña una mujer mayor, ya anciana, que lleva a sus hombros a una niña pequeña. La anciana es huesuda, evita mirar directamente a los ojos, aprieta los labios como si repitiera una letanía inútil. Las dos tienen los puños apretados. La niña ha volteado a mirarme directamente cuando hice clic en el disparador. *Papacitos por acá han estado los militares y se han llevado a varios comuneros diciéndoles que son terrucos. Ellos no son, papacitos, no son.* El soldado la mira con una serenidad gélida. Ellos sabían de amuletos y torturas. El intercambio de miradas parecía de flechas. *O capaz que no fue eso lo que vi, señores. No sé. Ay, ya no sé nada. Mejor que no escriban nada de lo que dije. Ya no entiendo lo que veo, ni lo que sienten mis manos. Me falla pues la memoria. A lo mejor estoy imaginando cosas.* Veo que retuerce su puño aún con más fuerza y la rabia acerca aún más sus cejas.

Mamacha, por favor, ahora que te vas para la capital llévate a mi hijita, aquí la van a matar. Para la capital llévatela, por favor. Allá tengo parientes. Con ellos la dejas, por favor. Ella me insistió tanto que no pude rechazarla. Hay maneras extrañas de salvar una vida. Decidimos no hacer más visitas por hoy y regresar de una vez. La niña se ha quedado dormida durante el viaje. *A este paso, se te va a activar el instinto maternal y no quiero estar cerca cuando eso pase*, bromea Álvaro, por primera vez en todo el trayecto.

Aún quedan muchas cosas por averiguar, más para fotografiar. Tengo que volver.

○ ●

Ellas avanzan marchando por el patio gris. La primera de todas lleva el estandarte con la fotografía del camarada Líder. *Honor y gloria al proletariado y el pueblo del Perú.* El pelo sujetado bajo una gorra verde. Blusas rojas. Faldas hasta la rodilla azul marino. Una hilera marchante. Entrenadas en las luminosas trincheras de combate. Cárcel las llaman los otros. Prisión. Todas al mismo paso. *Dar la vida por el partido y la revolución.* Estandartes de banderas rojas con una estrella amarilla. Antorchas en sus manos. Ritmo. Ritmo. Ritmo. Tambor uno. Tambor dos. Tambor tres. Fermento femenino elevándose. *Luminoso sendero transitamos. Lucharemos sin tregua hasta el final.* Pierna arriba. Pierna abajo. Pierna arriba. *Revolución Popular.* Pierna abajo. *Comunismo.* Miradas elevadas a las paredes con murales enormes desde donde las observan Mao, Lenin, Marx y nuestro Líder. Están en la cárcel para aprender. *Lucha armada contra el hambre. Venceremos al vil imperialismo. La victoria es del pueblo y su fusil. Movimiento* dice un lado *movimiento* responde el otro *femenino* dice un lado *femenino* responde el otro. *Movimiento femenino popular* todas juntas. Otra vez. *Movimiento* dice un lado *movimiento* responde el otro *femenino* dice un lado *femenino* responde el otro. *Movimiento femenino popular* todas juntas. Se organizan en columnas. Posición de mural chino. Paso de Tai chi. *El gran timonel.* Marcan el paso. Un dos un dos un dos un dos.

○ ●

Es el mismo salón de siempre, de todos los años de vida republicana. Pero él es ahora otro. También mira hacia el río. Nunca se ha fijado en las columnas. Le fastidia recordar las

noticias. Se aleja de la ventana y va a mirarse un poco frente al espejo. El cuello de la camisa le encaja perfectamente. El terno azul también. Está sudando un poco. Siente que ya se acerca la hora del almuerzo. Su estómago se lo anuncia. Sueña con ese seco de chabelo que le ha prometido el cocinero presidencial.

El general llega por fin. Es preferible despachar el asunto de una vez. No está en un mitin donde puede explayarse horas y horas sintiendo la vibración de la masa rugiente que sigue sus palabras en trance hipnótico. En estas reuniones puede ser más conciso. Más parco. En cuanto el general toma aire para intervenir, lo corta. Habla casi mecánicamente de la situación en las cárceles. Subversivos y cárceles. ¿Van ahí para regenerarse o para salir más convencidos de su ideología? Hay cosas que uno no puede permitir. Hasta una escuelita tienen. En dónde está la autoridad, pues. Mano dura para que entiendan. Al general le tocará asumir la responsabilidad, como corresponde a su rango. Cada cual arrasa donde puede, ¿no es cierto?

Percibe la impaciencia del general que mueve los brazos con cierta incomodidad sobre la mesa. *Señor presidente, espero sus órdenes.* Él ha preferido no sentarse y vuelve hacia la ventana. El hambre. Quiere sacarse todo de encima. Apurarse. Le fastidia la lentitud de los otros, que no lo entiendan a la primera, repetir todo otra vez. *Usted requiere una acción en las cárceles.* Él le dice al general que puede retirarse. Que no espere notas, ni decretos, porque no los habrá.

○ ●

Cuando a tu taita Samuel se le metía algo en el seso, nadie se lo quitaba, Modesta. Una niñita eras. Tu mamá le había cocinado su plato favorito a ver si se le ablandaba la terquedad. *Hay que mandarla al colegio.* Pero él no quería. Para qué. Que se ocupe de la chacra nomás, o que aprenda a tejer. Cuando se case su marido se va a encargar de todo. *Para que se defienda en la vida. Ya le toca ir. Que aprenda a leer.* Más le hablaba tu madre, más

terco se ponía. Que aprenda a cocinar rico, para qué tanto leer o escribir. Casi araña el plato hasta lo ultimito que le quedaba. *Terco eres*. No quiere saber nada más. Tú escuchabas todo y te quedabas calladita. Ella te guiñó el ojo y sonrió.

Después que tu papá salió a trabajar la tierra, tu mamá te enseñó uno de los libros de tu hermano mayor. *Hijita, mira las letras. Acá en su cuaderno las copia tu hermano y así aprende a leer y escribir*. Dejó el libro y te enseñó una tabla de colores. *Esta es la tablita de las letras, mira, yo ya me las aprendí. No le digas a tu papá porque después se molesta*. La tabla tenía una figura para cada letra. La que dice A parece un fierro doblado. La B es como si fueran las asas de la taza del café. La C era la forma de la luna cuando estaba creciente. Te estaba gustando esto de leer. *Toma este cuaderno nuevecito que te compré para ti. Así agarra el lápiz, mira*. Tu mamá llevó tu mano y dibujaste tu primera A. Sonríes victoriosa. Hay muchas hojas blancas, blanquitas para llenarlas de letras. *Te voy a enseñar todo lo que pueda, hijita*, te decía ella mientras te acariciaba la frente.

○ ●

Quería verlo. Tanto nos repetían las monjas del colegio, *no se mira, chicas, no se toca*. Yo ya no aguantaba más la curiosidad, así que, rompiendo mi propia vergüenza, me eché sobre la cama después de bañarme. ¿Qué edad tendría? Doce años, quizá. Estaba completamente desnuda. La suavidad del edredón me acogió. Tuve la tentación de tocarme, de sentir la corriente, pero esta vez quería verlo antes. Tenía a mi lado el espejo, uno grande, como de portada de un álbum fotográfico, como si fuera un portarretrato. Separé mis piernas y puse el espejo entre ellas. Tomé aire. Por fin lo vería. ¿Lo vería? Mejor no. ¿Acaso no bastaba con sentirlo y saber que está ahí y que puede dar placer aunque lo mejor para ganarse el cielo era evitarlo? No. Hay que verlo. Quería verlo. ¡Ay, qué vergüenza! Lo había tenido doce años y hasta ese momento no sabía

cómo era. Me incorporé sobre mis codos. Me asomé. Algunos pelos. A separarlos. Sostuve el espejo con la mano izquierda y con la derecha mis dedos separaron esa cortina capilar. Ahí estaba. Lo miré. Achiné mis ojos para ver mejor. Ahí estaba. Esa pequeña capucha debía ser el lugar al que los dedos iban directamente para resbalarse y producir la corriente. Mis dedos índice y medio hicieron una V invertida para exponerlo. Parecía un haba partida por la mitad. "Grupo dicotiledón". Esos deben ser los labios. Todo entre rojo, púrpura y rosado. Observé la entrada. ¿Por ahí pasa la cabeza de un bebé? Qué horror. Agrandé un poco más la V para mirarlo con más detalles. "A ver. No trascienda hacia fuera y piense en son de no ser escuchado, y crome y no sea visto". Los pelos naciendo en los bordes. Horrible. Me pareció una cosa tan fea…

○ ●

Mil ojos y mil oídos. La figura es monstruosa e inabarcable, tanto como Dios. Escuchar y ver en todas partes, en todas direcciones. Un ojo se llama palabra. Un oído se llama palabra. Otro ojo palabra se llama. ¿Y el otro oído? Así hasta completar los dos mil órganos que están en todas partes. Mi cuerpo se multiplica de esta manera no en los órganos sino en la palabra. Veo, siento, escucho, sé y conozco porque ellos saben que ahí está la trinidad única, comité central, la luz del sendero. Colocar un ojo-palabra en el lugar adecuado es tarea más delicada que la de poner una granada y hacerla estallar, más delicado que planear la cantidad exacta de dinamita y anfo en un coche-bomba. Los efectos aún más detonantes, más potentes, más prolongados. Si creen que un cuerpo estallado en cientos de pedazos es algo impactante, es que no han entendido nada. Mil ojos y mil oídos. Como Dios. En todas partes. Quería ser Dios.

○ ●

Tu esposo se había ido ya hace dos días a visitar a sus parientes y no regresaría hasta dentro de tres semanas. Probablemente se quedaría un poco más para ver si lograba que alguien le comprara parte de la cosecha por adelantado. Llevas a Enriquito en los brazos cuando los terrucos entran al salón comunal a la fuerza. Dos de tus paisanas son lanzadas contra la pared y golpeadas a culatazos. Justina Quispe no se amilana. *¡Perros maricones aprovechados!* Mejor se hubiera quedado callada. Calladita como tú, Modesta. *Abusivos son nomás porque tienen fusil.* Entre dos hombres la agarran y se la llevan afuera del salón. La desnudan y la cuelgan de las trenzas en el asta de la bandera, como antes habían dejado cinco perros degollados colgando de las patas delanteras. Justina grita inconteniblemente, puteándolos y maldiciéndolos. Uno de los subversivos, Felipe escuchas que lo llaman, con la cara tiesa sin ningún gesto, empuja la hoja de su puñal contra la garganta de tu comadre Justina. Pachamama se fertiliza con su sangre. *Así se mueren las que no respetan la revolución.* Y enfunda el puñal en su bota guardando ahí un grito reprimido de todos.

A Fabián Misaico, concejal de la comunidad, lo arrastran al medio de la sala. Le ponen una soga al cuello y de un culatazo lo doblan sobre sus rodillas. Fabián recibe varios golpes en la cara. Ya casi no ve, tiene los ojos hinchados. Un flujo de sangre sale de su ceja izquierda, otro de su labio inferior, otro más de su pómulo derecho. Un Cristo doliente sin corona. El grito de su esposa Dominga, atraviesa todo el salón. *¡No me lo maten a mi esposito!* Uno de los terrucos, grandote y con pisadas de jaguar, va hacia ella y la arrastra cerca al cuerpo de Fabián. *A ti te estábamos esperando. Tú nos vas a ayudar a instaurar el gobierno del pueblo. ¡Pícalo! ¡Pícalo a este vendepatria!* Y le extiende el puñal a Dominga. *¿Cómo lo voy a picar, señor, si es mi esposo? No puedo, señor, no puedo.* El hombre se enfurece, ronco y bravo como toro. *¡Pícalo, carajo!* Dominga es delicada como una venadita. El toro muge y Dominga no para de gritar *¡Es mi esposo!* El puñal, envuelto a la fuerza en la mano de Dominga, se hunde

en el corazón de Fabián Misaico. La revolución ha llegado a tu comunidad.

Tu hijo Enrique rompe con su llanto el silencio que ha dejado la muerte de Fabián. Felipe levanta una ceja de cóndor depredador, fastidiado por el llanto incontenible de la criatura. Te dice que lo aprietes contra tu pecho. Te niegas, no vas a ahogar a tu propio hijo. *O lo aprietas contra tu pecho tú misma o lo que voy a hacer es esto* y en el aire hace como si pusiera algo boca abajo y lo rasgara por la mitad como una hoja de papel.

Sabes que nunca ahogarías a tu propio hijo, pero el pequeño Enrique ya no vive.

○ ●

Todos los días, exactamente a las cuatro de la tarde, palabras nuevas desfilan en tus oídos como desfilan ellos cada mañana. Que si la clase, dicen, que si el proletariado, dicen, que si la revolución, dicen, que si la guerra popular, dicen, diciendo, dicen. Tú solo asientes con la cabeza algo aburrida ya. Te hablan de gente que no conoces, un tal Marx, un tal Lenin, un tal Mao y un tal presidente Líder que es el jefe de estos. Que todos vamos a ser iguales, dicen. Suenan igualito que los políticos que han pasado tantas veces por la comunidad, pero estos ya tienen su presidente. Presidente de dónde será piensas. Del país era el ingeniero, eso sí te recordabas clarito. Presidente pues de dónde será su líder de ellos. Querías poder caminar para arriba, a la chacra, con tus animalitos y estar fuera de todo por unos minutos. Aunque sea para llevarle su traguito al apu para que no se olvide de nosotros.

Sientes que todas las miradas se dirigen hacia ti. Que te repitan la pregunta pides. *La lucha es larga y no hay tiempo para ponerse a pensar en las musarañas*, te contestan y de las trenzas te jalan adelante del salón. Tu sombrero cae. *No me hagas doler, papacito, por favor*, ruegas con las manos juntas. El otro, arrasa con el fuego en la mirada y en su lengua. *Arrodíllate*. Piensas

en tu comadre Justina, en la gallina del almuerzo, en tu esposo y Abel, el hijo que te queda. ¿Dónde estará el Gaitán? *Por piedad, papacito. No me distraigo de nuevo*. Cuando ha conseguido que te arrodilles, te pisa la pantorrilla derecha inmovilizándote y de diez chicotazos te abre varias heridas en la espalda. Todo te arde. Unas breves gotas se escurren por tu blusa pero no alcanzan el piso. *Perdóname papacito, perdóname*.

El hombre libera tu pierna y acerca su rostro a tu oído. Metálicamente, su voz raspa tus tímpanos temblorosos y te obliga a repetir la consigna. Decirla, repetirla, nombrarlos. Es su voz, no la tuya, aunque el aire de esa voz sale de tus pulmones y hace retumbar tus cuerdas vocales en un grito que no es tuyo *¡Que viva el partido!*

○ ●

Un plato de comida, nada te cuesta hacer un plato de comida, Modesta. Tú eres siempre la que alimenta, la que provee. Quien llegue a tu mesa será bien recibido siempre, porque tú eres la proveedora, la nutriente, como la tierra donde crecen tus habas generosas, tus barbudos choclos, tus papas con forma de piedra. Los animales están hechos para saciar el hambre del hombre. Los terrucos te lo piden, así que te pones a recolectar lo necesario para el almuerzo; tienes que hacerles de comer. Una gallinita que era de la pobre Justina. Te pones a cocinar rápido antes de que la siguiente seas tú. Le abres el cuello con una cuchilla. Así le hicieron a la Justina. Quieres llorar pero aprietas los ojos y respiras profundamente. Ofreces algunas hojas de coca al apu y luego te las embutes vorazmente. No quieres acabar al fondo de la quebrada como la mitad de tu comunidad. Es necesario mantenerte viva porque tu Abelito es todo lo que te queda. La coca te tocó amarga, tragas la saliva y lloras con la boca adormecida. La gallina ha dejado de patalear.

○ ●

—¿Cuántos qué?

—Sí, me escuchaste bien, Mel. Te pregunté que cuántos centímetros de rollo quieres.

—¿Ahora tengo que medir mi trabajo por centímetros?

—Son las nuevas reglas, no hay plata para pagar material importado y nos están racionando todo. Las películas, los viáticos, todo.

—Que sean los que alcance para cinco rollos típicos, saca tú las cuentas, querido —se pone a refunfuñar. ¿Cuántos centímetros son necesarios para retratarlo todo? Un centímetro de película será suficiente para un cadáver de adulto? ¿Medio centímetro si es niño? ¿Y una población entera? La crueldad por centímetros.

○ ●

La escolta de soldados es un problema para los reportajes. Esta salida tendrá que ser sin ellos. Los campesinos están cada vez más desconfiados y se ponen muy tensos cuando los ven. Si van vestidos de civil los reconocen por el corte de pelo y su manera de caminar. No hay manera de camuflarlos.

Se los ve tan contentos a la hora de su rancho. Dos de los soldados consiguieron un cabrito, a lo mejor lo sustrajeron de alguna chacra cercana. Roban unos, roban ellos, roban los otros, todos buscan la mejor manera de sobrevivir. *¡Por fin carnecita! ¡Ya estábamos hartos de comer solamente arroz y papas!* Comparten sus raciones también con nosotros. La mayoría son muy jóvenes, chiquillos imberbes, hijos de campesinos, campesinos ellos mismos. Aquel que había congelado con la mirada a la pobre campesina, se ríe ahora con sus compañeros, mostrando una dentadura perfecta, con los caninos algo afilados. *Hace tanto que no veo a mi familia, señorita, ya mucho tiempo por acá viendo tantas cosas que espantan*. El humo de la carne asada los envuelve como si los protegiera de la guerra por unos minutos.

Parecen un grupo de adolescentes contándose sus travesuras, sus amoríos, extrañando a los suyos. Uno de los oficiales detiene su almuerzo. Me mira. *Suertuda que es usted, ah. Cómo habrá hecho para conseguir el salvoconducto, porque así nomás no los están soltando. Hasta mis superiores han dicho que la cuidemos*. Pienso en el vodka y en todas ellas. Salud por ellas, cuyos nombres no puedo decir y a quienes también yo debo proteger. Le sonrío al capitán, sin decirle nada en particular. Mi gesto lo incomoda un poco, sujeta su plato con más fuerza y se acerca a los soldados, dándonos la espalda. El volumen de la conversación del grupo aumenta. Más historias, algunas risas, todo envuelto en ese humo de carne.

○ ●

Es el momento. Con Álvaro y nuestro guía nos alejamos como para dar un paseo. Poco a poco, logramos estar fuera de las miradas vigilantes y conseguimos transporte. Quiero ir a un lugar donde aún no hayan estado otros periodistas. El plan funciona y conseguimos estar lejos de la escolta tres horas después, en un pueblo que parece casi desierto. Cada vez hay menos comuneros en los pueblos por los desplazamientos forzados o voluntarios. Encontramos una mujer por el camino. Va sola, con el paso muy apurado, la mirada casi perdida, la mandíbula temblando. Nos mira desconfiada. Nuestro guía se le acerca y logra sacarle algunas palabras. *Todos tienen miedo de sus vecinos. Nada es seguro, papacito. Quién puede saber si tu pariente también no será terruco*. Algo se ha partido aquí. Le decimos que se suba al carro para llevarla a su casa. *No, papacitos, ya casi no hay nadie en el pueblo*. Cuando le preguntamos qué ha pasado y por qué iba caminando sola, ella me aprieta la mano. La tiene fría y sudorosa. No quiere responder. Se estremece entera. La dejamos ir y continuamos nuestro camino rumbo a ese pueblo. ¿Qué irá a ser de ella?

El ambiente comienza a quedar algo enrarecido. Como si una nube tenue tocara el parabrisas. Y en eso, un olor intenso, picante primero, acre después, algo nuevo pero que no lo era tanto. Estamos a pocos metros de la plaza y hay varios puntos donde se detectan hogueras humeantes. El olor comienza a ser insoportable. Algo chamuscado o podrido. Náuseas.

—Vámonos de aquí.

¿Fue Álvaro quien dijo esto? ¿Fui yo? Los dos nos dimos vuelta al mismo tiempo. Después de lo que vi, ya no quería estar más en ese lugar. Pero nuestro guía no quiso acompañarnos. Tenía parientes en el pueblo y quería saber cómo estaban. Nos hizo una especie de mapa con indicaciones sobre un trozo de papel manchado de barro. *Sigan esta ruta y cuando lleguen a esos pagos, díganles a los lugareños que van de mi parte. Los van a recibir bien, y ahí tal vez puedan aprovechar para otro reportaje. Sólo esperemos que la situación esté mejor. Que tengan suerte. A ver si mañana nos encontramos en la ciudad.* Álvaro y yo subimos al carro y nos alejamos de ese olor tan repulsivo. No pudimos mirar. No nos perseguía la imagen del pueblo donde dejamos a nuestro guía, sino ese olor que se nos había metido en cada rincón del cuerpo. Ese olor. Adherido a la memoria.

○ ●

El pueblo es una humareda. Se me hace difícil intentar ver algo con claridad. La cámara me pesa más de lo usual. Está bien así. Su peso me ancla a la realidad dentro de esta situación fantasmal. ¿Qué queda después de todo? No queda nada. Hacia dónde voy a mirar ahora. ¿Cuál será el objetivo de mi lente? Avanzamos con cierto temor, ya vimos lo que podemos encontrar, pero cada vez es como si no hubiéramos visto nada. Jamás podré decir que lo he visto todo. Sé que siempre hay algo aún más terrible a un par de pasos. El horror siempre puede crecer, expandirse por cada partícula del aire. Cuando la humareda se disipe, ahí estallará nuevamente mi disparador,

haciendo muchos clics, muchas tomas, mi mano guiará la cámara, ¿o será a la inversa? El encuadre exacto para mostrar, ¿mostrar?, ¿a quién?, ¿para qué? A veces prefiero no mirar, que sea la cámara el único testigo. El encuadre gritará lo que se prefiere callar. No puedo creerlo, ese olor, otra vez. El olor. El silencio. El olor y el silencio acompañan al encuadre aquí y ahora. ¿Qué es mirar? ¿Cómo puedo hacer que el olor se impregne en la foto? Mil tomas no me bastan. Kilómetros de rollos no alcanzan. Pero ahí está la historia frente a mi cámara. Que los ojos puedan oler todo esto y que sientan la humareda despejándose como el telón que pronto develará eso que quiero y no quiero seguir mirando. Que la cámara vea.

Al salir del carro, el viento nos recibe con un abrazo incómodo. Teje un silencio que no obedece a estas horas de la tarde. Entre el humo, un perro aparece y se nos acerca, olfateándonos. Perrito. Antes me alegraban los perros, pero ahora se han vuelto mensajeros nefastos. Entre el silencio, el viento y los perros se forma una tríada descorazonadora. Con las cámaras preparadas, seguimos avanzando, hasta que la bruma se disipa y dos cuerpos nos dan la bienvenida al pueblo. El olor a piel derretida nos atraviesa. Álvaro se aproxima a la mujer. *Ha sido un balazo en la cabeza*. La mujer es joven, por los veintitantos, como yo o tal vez menor. A su lado está el cuerpo de un hombre. De su rostro no quedaba nada. Era una masa devorada por los perros, quizás por el que nos recibió, aunque otros aúllan a lo lejos.

○ ●

"Mutilado del rostro, tapado del rostro, cerrado del rostro, este hombre, no obstante, está entero y nada le hace falta. No tiene ojos y ve y llora. No tiene narices y huele y respira. No tiene oídos y escucha. No tiene boca y habla y sonríe".

César Vallejo

○ ●

Entre estas paredes blancas, mientras espero al comandante Romero, a veces me asalta desprevenida la cara de un hombre al que le acerqué la muerte. Recuerdo sus ojos. Se me han quedado enganchados en la memoria. Sus ojos imploraban que no los apagara. Dudé. Fue tan corta la duda que nadie se dio cuenta. Me hubiera costado mi posición en el partido. Sus ojos me pedían que no lo hiciera. Yo tenía que cubrirme con el disfraz de implacable. Tanto había dejado por la revolución que unos ojos no podían alejarme del objetivo.

Tiro de gracia, le dicen. Tiro de gracias, le decía yo. No era a sangre fría, apenas era el acto final de la pieza en la que esa vida acabaría. Algunos ya estaban casi muertos cuando yo les acertaba esa bala final. Casi agradecidos parecían de que les cortara el sufrimiento. Pero esta vez fue distinto. Esos ojos hablaron en un cuerpo que casi no tenía dolor. Podría seguir viviendo de no ser por mi bala. Pero es así, la revolución requiere la cuota de sangre. Así es. Combato ese recuerdo y pienso en mi niñez. Tengo que despegarme esos ojos de la mente.

○ ●

—Marcelita, ¿qué es todo esto?

Aún recuerdo la voz de mi madre así, repitiendo mi nombre anterior. Marcelita. El escritorio estaba cubierto de un mantel blanquísimo, yo había puesto encima una gran Biblia, la más grande de la casa, forrada en cuero negro con una gran cruz bermeja en la tapa y de bordes dorados. Una copa de vino forrada en papel brillante estaba vacía al centro de la mesa. A un lado había una pequeña ollita forrada también en papel brillante, de color platino. Adentro tenía varias cartulinas de color blanco cortadas en círculo, serían unas seis o siete. Otra cartulina muy grande, circular y blanca reposaba al costado de la ollita. Al lado izquierdo de la mesa, dos botellas totalmente limpias y sin etiquetas, una llena de agua y la otra de vino tinto.

—Estoy haciendo misa, mamá…

Así le dije, con mucha solemnidad. Ella sonrió y llamó a mi hermana Rosa, para que me explicara ciertas cosas. Se dedicaba a la catequesis, hacía vida con las juventudes misioneras. Mucho quería yo a mi hermana, hubiera hecho cualquier cosa que ella me pidiese. De una sola mirada, ella lo comprendió todo. Vio que era un altar y yo estaba haciendo misa.

—Eres muy ingeniosa, hermanita. ¿Y te sabes todo lo que hay que decir en la misa?

—Claro, tengo todo aquí en este librito, y lo que no está ya me lo aprendí de memoria. De grande quiero ser sacerdote, Rosa.

—Marcelita, las mujeres no pueden ser sacerdotes. Sólo los hombres pueden decir misa.

Me puse triste cuando dijo eso. Las cartulinas cortadas en círculos, el agua y el vino… Habían sido varias horas cortando y pegando estos papeles. Varias horas. Me sabía lo que diría *El Señor esté con ustedes* y lo que mis feligreses imaginarios deberían responderme *Y con tu espíritu*. Me sabía la misa completa de memoria.

—¿Por qué no puedo serlo?

—Porque así lo manda la santa Iglesia, Marcelita.

—Pero, ¿por qué?

○ ●

Nadie hay tan grande como tú. Nadie hay. Nadie hay. El coro repetía sin cesar el estribillo de la canción. Llegamos al orfanato y distribuimos los juguetes entre los niños que corrían ávidos hacia nuestro grupo. Rosa trataba de mantener el orden pero era imposible. Los juguetes eran un poderoso imán para estos niños sin padres, se volvían mariposas revoloteando. Yo me ponía el disfraz de oveja mientras el cura me decía:

—Marcelita, en los tres años que llevas con nosotros, eres la mejor oveja que hemos tenido.

En eso el cura tenía razón. *Nadie hay que pueda hacer las cosas, como las que haces tú. Nadie hay. Nadie hay*. El cura y nosotros cantábamos, aplaudiendo y saltando, como si compartiéramos esa carga de alegría que estalla de un juguete en las manos de un niño.

—El señor esté meeeeee con todos ustedes meeeeeeee —grité, agitando mi rabo de oveja y esperando una respuesta que no llegaba. Quise intentar otra cosa—. Levantemos meeeee el corazón meeeee —nada, no hubo respuesta. Pero así era lo que decían en la misa…

El cura dejó de cantar y se me acercó con un gesto muy severo. Recriminó, reprendió, que no se puede hacer eso, burlarse así de las sagradas palabras de la misa, que sólo un sacerdote puede decirlas, que ella es una linda niñita que hace muy bien de oveja pero no puede decir esas cosas.

—¿Así que sólo puedo decir meeeee?

—Con ese disfraz de oveja, sí.

—¿Y si me disfrazo de sacerdote?

—No puedes, niña terca, la misa no es un juego.

Para mí tampoco era un juego. Organizar y hacer que otros hagan lo que tú dices, no es un juego. Sólo quería respuestas, saber que los otros me estaban escuchando y que reaccionarían a mis palabras. El sacerdote decía una cosa y todo el mundo se paraba, decía otra cosa y se sentaban, después en otra parte hasta se arrodillaban. Todo un grupo de gente arrodillándose frente al sacerdote, dependiendo de esas palabras que se repetirían sin cesar en otras bocas, en otras geografías, en otro tiempo. *Hay que respetar lo sagrado,* reclamó el cura. *Lo sagrado está en todas partes*, le dijo Rosa en mi defensa.

○ ●

No entendía qué estaba escuchando. Un accidente. Un bus. Estrellarse. Un quebrada. Mil pedazos. Rosa. Sentía que una nebulosa cubría todo sin piedad. Todo quedaba cubierto en el

ambiente mientras mis oídos se tapaban. No conseguía entender nada de lo que mi padre me decía. Los brazos de madre me abrazaron con fuerza. Gritos. Muchos gritos. Mis piernas no reaccionaban. Ninguna parte de mi cuerpo respondía. En el pecho sentía un hoyo negro, como un profundo pozo donde nada podía entrar o salir. Vacío puro. Miraba los libros que Rosa me había regalado: las *Confesiones* de San Agustín, *La imitación de Cristo*, de Kempis y el *Catecismo de la doctrina cristiana*. A lo lejos, sentí que mi madre me jalaba de un brazo, como si fuera un muñeco inerte de jebe. *Marcela, por Dios, reacciona, dinos algo*. La miré incrédula. *¿Dios? ¿De qué hablas, mamá? Tanto se mataba ella haciendo de todo para que otros conocieran la palabra de Dios y ¿para qué, mama? Dime, ¿para qué? Si Dios existe, ¡quiero que me devuelva a mi hermana ahorita mismo!*

Es como si el tiempo se hubiera congelado en este salón blanco. Proyecto en esa pared mi memoria. Lo de mi hermana me causó un profundo impacto, me removió el piso, todas las creencias que tenía, toda mi creencia religiosa se fue cayendo. Su muerte me reveló lo vacío de esas creencias, aunque algunas ideas quedaron, algo sirvió para lo que vino después. La religión es asunto de esclavos.

—Profesora, ¿qué novedades me va a comentar hoy? —Romero ha entrado, intempestivamente, como acostumbra.

○ ●

Abres la puerta pensando que toca uno de los subversivos para pedirte la comida. Probablemente han regresado de la ronda que hacen cada mañana por las comunidades aledañas para atraer campesinos a su tal lucha armada y conseguir alimentos. La puerta se abre y la ves. Porte de vicuñita. Es blanca ella, muy blanca. Parecía esas figuras de la virgen María que estaban en la iglesia. De dónde habría salido. Si los senderistas la ven en tu casa te ibas a ir mal, Modesta. Dice

que viene de la capital. Quieren saber qué ha pasado en el pueblo, por qué el gobernador no está en el edificio comunal. Muchas preguntas hacen. *No sé nada, mamacha, no sé nada*. La señorita no entiende que la pantorrilla todavía te duele, que todo te duele ahí en la cabeza. *Mejor que te vayas, señorita*.

Terca es la costeña no entiende. No entiende. Viene con un hombre. Ella parece buena gente pero es terca. *Por tu propio bien, mamacha, vete, vete*. Quieren que le cuentes tu vida, si has visto a los subversivos, si han venido militares, que les cuentes, Modesta, que les cuentes. Te mira fijamente. Melani, dice que se llama. Melania debe ser, quizá oíste mal. Ella levanta su aparato y escuchas un clic y luego otro. Su mirada parece otra. El ruido de las balas te quiebra los oídos sorpresivamente. Melania y el hombre se lanzan al suelo. Tú les avisaste, Modesta, les avisaste y no te escucharon. No te creyeron. No te hicieron caso.

Ves al grupo de terrucos corriendo hacia tu casa. Cierras la puerta y te escondes, inútilmente. Ellos patean la puerta. Al hombre un río de sangre le sale por la cabeza. *¡Álvaro!* ha gritado la señorita. Se la llevan a otro lado, ¿qué le van a hacer? Te has quedado temblando, Modesta, ya te habían dicho que no hables con nadie.

○ ●

Era un bulto sobre el piso. Importaba poco el nombre que tuviera, lo que interesaba eran los dos huecos que tenía. Puro vacío para ser llenado. Sin preguntas ni necesidad de respuestas. Ya sabían todo de este bulto. En realidad no les importaba. Lo suficiente eran esas cuatro extremidades de las cuales podía ser sujetado, inmovilizado, detenido. Éstos usaban fusiles y la misma ropa de los campesinos, con pasamontañas o pañuelos que les cubrían el rostro. Daba lo mismo, ella era sólo un bulto.

Golpes en el rostro, en el abdomen, las piernas estiradas hasta el infinito. *Blanquita vendepatria*. Hacen fila para disfrutar

su parte del espectáculo. Ningún orificio queda libre en esta danza sangrienta. *Periodista anticomunista, tú vas a ser ejemplo para otros que vengan por acá*. Sólo dolor en este bulto como un nudo apretado al cual no se le encuentra solución. ¿Cuánto tiempo más puede durar esto? Que pare de una vez. Paren, paren, paren. *Esto te pasa por burguesa, ya verás por donde te entra la ideología*. ¿Hasta cuándo pueden seguir haciéndolo? *Siga usted, camarada*. ¿Cuantos más serán? Duele mucho. Es demasiado. Son demasiados. *A nosotros tenías que habernos hecho el reportaje para que el Estado genocida vea que estamos logrando el equilibrio estratégico*. Espolones rasgando las frágiles paredes que soportan y siguen soportando ese desfile a pesar de la sangre y el excremento que se abren paso entre las extremidades.

○ ●

"Larga ha de ser pero fructífera, cruenta ha de ser pero brillante; dura ha de ser pero vigorosa y omnipotente. Se ha dicho que con fusiles se transforma el mundo, ya lo estamos haciendo".

Comité Central, Sendero Luminoso

○ ●

Casi no siento el cuerpo. Oigo voces pero no puedo verlos muy bien. Es de noche, o quizá este lugar no tiene ventanas. Una danza macabra se eleva entre el concierto de voces agrestes. Cientos de cuchillos afilados sobre trozos de carne gelatinosa. Los trozos de carne habían pasado por días de putrefacción, apestaban horrendamente, y sus verdosos bordes mostraban ya las marcas del nacimiento de pequeños gusanos devoradores. No puedo recordar ya cuántos días estoy aquí. ¿Fue ayer o ha pasado una semana? Al fondo hablan.

—Cuando nuestros mandos se enteren de la burrada que has hecho, te van a destituir, camarada.

—Somos combatientes, pero también somos hombres, camarada Marta.

—Un combatiente es disciplinado, no se deja llevar por ese impulso de sus partes. Nada nos distinguiría de un burgués reaccionario si dejamos que esa calentura nos gobierne.

—¿Acaso tú no sabes que nuestro líder tiene dos mujeres?

—Es el Comité Permanente Histórico, habla con respeto. Tendrás que hacer una autocrítica en la próxima reunión, la calentura te está embruteciendo.

—¿Y acaso no sabes que el camarada jefe de la selva tiene su séquito de mujercitas?

Las voces se acaloran más. Alguien llega corriendo y toca la puerta con desesperación. Otro, busca el puñal enfundado en su bota. En el mismo instante en que su puñal abandona el estuche y se tiempla al frío de la noche, ¿es de noche?, recibe una ráfaga de ametralladora en el medio del pecho. Alguien más recibe otra en medio de la frente, sin tiempo de sentir el dolor ni ver cómo sus sesos quedan regados en el piso de barro. La otra, la mujer, creo que aquella a la que llamaron camarada Marta, intenta esconderse. Más ruido de balas. Son soldados disparando contra todo lo que hay en el salón. Los pies de algunos casi resbalan en el lago de sangre que repta por todo el piso. Sonidos metálicos. Humo llenando toda la habitación. Grité, no sé qué dije, pero grité con las pocas fuerzas que me quedaban. ¿Me salió el grito?

—¡Teniente, esta es la fotógrafa que buscábamos!

—Llévenla a la base, ¡rápido!

—Los demás están muertos.

—No, ¡esa terruca aún está viva!

○ ●

Era un bulto sobre el piso. Importaba poco el nombre que tuviera, lo que interesaba eran los dos huecos que tenía. Puro vacío para ser llenado. Después vendrían las preguntas y las respuestas. Ya sabrían todo de este bulto. En realidad no les importaba ahora. Lo suficiente eran esas cuatro extremidades de las cuales podía ser sujetado, inmovilizado, detenido. Éstos usaban botas de cuero negro y ropa de color caqui, nada les cubría el rostro. Daba lo mismo, ella era sólo un bulto.

Golpes en el rostro, en el abdomen, las piernas estiradas hasta el infinito. *Terruca hija de puta*. Hacen fila para disfrutar su parte del espectáculo. Ningún orificio queda libre en esta danza sangrienta. *Subversiva de mierda*. Sólo dolor en este bulto como un nudo apretado al cual no se le encuentra solución. ¿Cuánto tiempo más puede durar esto? Que pare de una vez. Paren, paren, paren. *Siga usted soldadito, complete el trabajo, complételo.* ¿Hasta cuándo pueden seguir haciéndolo? *Dale con fuerza para sacarle su ideología*. ¿Cuantos más serán? Duele mucho. Es demasiado. Son demasiados. *Ahora vas a ver lo rico que es que te la meta un Sargento por detrás, ya nunca más vas a hablar de tu revolución.* Espolones rasgando las frágiles paredes que soportan y siguen soportando ese desfile a pesar de la sangre y el excremento que se abren paso entre las extremidades.

○ ●

—La incursión ha sido exitosa, mi teniente.

—Podemos decirle a los comuneros que este pueblo es una zona liberada, limpia de elementos subversivos. Ahora viene el trabajo de conocer el nivel de penetración ideológica, tenemos que saber quiénes estaban con Sendero, y a esos hay que tratarlos como se debe. Quiero que esa terruca termine cantando el himno nacional. ¿Entendido, sargento?

—Sí, mi teniente.

—¿Ya está la fotógrafa en camino a la capital?

—Sí, mi teniente, el helicóptero de la Marina llegó apenas los llamamos por radio.

—Si hubieran reaccionado así de rápido cuando estos comuneros nos pidieron ayuda, otra sería la historia… Siempre están olvidados estos sitios… Sargento, encargue que me limpien la UZI. Puede retirarse.

—Mi teniente, lo molesto con una cosita más…

—¿Qué?

—Los soldados están ya varias semanas caminando y guerreando. Se merecen una pichanguita, ¿no?

—Sargento, usted haga lo necesario para tener contentos a sus hombres; pero a mí no me cuente nada.

○ ●

Era un bulto sobre el piso. Importaba poco el nombre que tuviera, lo que interesaba eran los dos huecos que tenía. Puro vacío para ser llenado. Ya sabían todo de este bulto. En realidad no les importaba. Lo suficiente eran esas cuatro extremidades de las cuales podía ser sujetado, inmovilizado, detenido. Éstos usaban botas de cuero negro y ropa de color caqui, con pasamontañas que les cubrían el rostro. Daba lo mismo, ella era sólo un bulto.

Golpes en el rostro, en el abdomen, las piernas estiradas hasta el infinito. *Serrana hija de puta*. Hacen fila para disfrutar su parte del espectáculo. Ningún orificio queda libre en esta danza sangrienta. *India piojosa*. Sólo dolor en este bulto como un nudo apretado al cual no se le encuentra solución. ¿Cuánto tiempo más puede durar esto? Que pare de una vez. Paren, paren, paren. *Siga usted, soldadito, complete el trabajo, complételo.* ¿Hasta cuándo pueden seguir haciéndolo? *Dale con fuerza que estas cholas aguantan todo.* ¿Cuantos más serán? Duele mucho. Es demasiado. Son demasiados. *Ahora vas a ver lo rico que es que te la meta un Sargento por detrás, ya nunca más vas a darle comida a esos terrucos.* Espolones rasgando las frágiles paredes que soportan

y siguen soportando ese desfile a pesar de la sangre y el excremento que se abren paso entre las extremidades.

○ ●

Un plato de comida, nada te cuesta hacer un plato de comida, Modesta. Tú eres siempre la que alimenta, la que provee. Quien llegue a tu mesa será bien recibido siempre, porque tú eres la proveedora, la nutriente, como la tierra donde crecen tus habas generosas, tus barbudos choclos, tus papas con forma de piedra. Los animales están hechos para saciar el hambre del hombre. Los soldados te lo piden, así que te pones a recolectar lo necesario para el almuerzo; tienes que hacerles de comer. Otra gallinita que era de la pobre Justina. Te pones a cocinar rápido antes de que la siguiente seas tú. Le abres el cuello con una cuchilla. Así le quieres hacer a esos soldados para que dejen de ultrajarte. Quieres llorar pero aprietas los ojos y respiras profundamente. Ofreces algunas hojas de coca al apu y te las embutes vorazmente. No quieres acabar al fondo de la quebrada como la mitad de tu comunidad. Es necesario mantenerte viva porque tu pequeño Abelito es todo lo que te queda. Quien venga siempre nos mata. La coca te tocó amarga, tragas la saliva y lloras con la boca adormecida. La gallina ha dejado de patalear.

○ ●

Eran más soldados y esa música de fondo que siempre ponían. Mi cuerpo ya no reaccionaba, era como si se hubiera cerrado para todo. Me preguntaban, querían exprimirme información. Cuántos éramos, por dónde estábamos. Nada les iba a decir, perros. Qué no le hicieron a mi cuerpo. Todo podía ser elemento para causar dolor y humillación. El agua, la corriente, los cigarros, alambres, baldes, orina, sus brazos,

manos, piernas. Todo eso dolía, pero mi pensamiento seguía firme y junto, no como mis extremidades que estaban casi descoyuntadas a fuerza de los estirones. *Recia es esta huevona*, murmuraban ellos. *Sumérgela de nuevo a ver si así reacciona*, decían también. *Córtale el otro de una vez, así queda pareja*, le gritaron al soldado que miraba mis pezones. Herida que abrían la cauterizaban para evitar que me desangre. Astutos eran los desgraciados.

No me pude acostumbrar al dolor. Estaba ahí como podía estar el hambre o la sed. Otro elemento más quebrándome. Muy presente. Golpeada, interrogada, cortada, magullada, quebrada, mordida, hincada, lacerada, punzada, embarrada, pateada, vejada, ensuciada, partida, atada, fondeada, asfixiada, ahogada. Confiaba en nuestro triunfo a pesar de que mi cuerpo gritaba lo contrario. *A veces voy a la capital y recibo las órdenes directas del Comité Central.* Habló mi cuerpo, no fui yo. Le avisaron al oficial. Me iban a preparar para llevarme de vuelta a una cárcel en la capital. No me iban a romper, no me iban a romper, no me van a romper…

○ ●

Una bocanada de aire. Y otra. Y otra. Pero no para, Modesta, no para. Aguantas la respiración, pero es incontenible. Comienza a extenderse por todo tu cuerpo. Va desde el pecho hacia tus brazos. Gritan. A lo lejos gritan. Va a comenzar de nuevo. Ahí está. Adueñándose de todo tu cuerpo. Todito. El miedo. Puro en tus venas. Se encarna y habita cada tejido tuyo. ¿Qué es esto?, ¿corriente? Te mareas, vas a caerte pero no te caes. Sabes que estás con una semilla adentro que no quieres. ¿Qué te va a salir de ahí? La cabeza te da vueltas pero no caes. El pecho te duele, el pecho se te hunde y tus pulmones se pegan a tu espalda. Se enreda en tus costillas. Vas a volverte loca. Las caras eran siempre las mismas, los mismos ojos, las mismas voces, las mismas manos, las mismas vergas. Todo

igual. Todo dolía de la misma manera. Quítense, quítense de mí, era lo único que podías pedir mientras te destrozaban salvajemente, desgarrándote en tu centro, como habían destrozado a muchas otras en este mismo pueblo, en cientos de pueblos. Gritabas siempre, pero de antemano sabías que era inútil. Convertido en un campo de batalla, tu cuerpo ha quedado absolutamente vulnerable. Todavía eres tú. Tus uñas, tu pelo, tus dientes chocan. Tus piernas tiemblan, quieres correr pero no puedes salir. La comida. Rápido, la comida, te dicen. Meterte a esa olla y desaparecer. Sancocharte con los pollos. Que tu carne se ponga blanca blanca blanca. Ya está blanca. Blanca de muerte. Tu mano tiembla. Tus brazos tiemblan. La olla tiembla. El miedo. El piso tiembla. ¿Cuántas veces más? ¿Cuántos días más? ¿Qué te va a salir de adentro? Que alguien te agarre, que alguien te abrace, que alguien te cuide. Aprietas la boca pero tus dientes no paran. No paran no paran no paran. Vas a morirte. No quieres morirte. Vas a morir. Mejor morirse. Respirar. Vivir. Respirar. Temblar. Vivir.

○ ●

No me quiero mover. No me puedo mover. Me duele todo. Que me dejen así, quieta, inmóvil. En un plano fijo. Quiero encerrarme en una cápsula, en posición fetal. Mi cuerpo está abierto y expuesto. No puedo salir de esta habitación. Afuera hasta el aire me podría derrumbar. Todo el mundo alrededor como si quisiera meterse dentro de mí. Yo lo miro desde lejos. A distancia. Una cápsula, un escudo, una caparazón. Lejana. El mundo bien podría, y puede, seguir su curso sin mi presencia. Estoy y soy, pero el mundo sigue. Fiestas, gente, discoteca, soldados, periódicos. Nadie escucha nada. Tampoco ven. Es como si no se estuviera aquí, pero todo sigue y sigue y sigue. No gira, solo sigue. A quién le importa realmente hacia dónde. Me duele todo. Ni que me roce esta sábana, ni el edredón. Nada. Cualquier roce es una espada amenazante. Aprieto las

piernas. Soy una herida abierta. Ciérrate, cuerpo. Ciérrate antes de que el mundo te atraviese. Ciérrate.

○ ●

los lazos se estrechan así matriz ensangrentada todos juntos somos uno dentro de ella la que ya no nos mira ni habla pecho de sangre empapados ellas todos hermanos todos la tropa entera en ella en ellas en esas las putas las cholas las terrucas las periodistas las hijas las madres todas crece más hasta donde parece que no alcanza crece se pone rígido a todos todos inmensos y duros carnetear ábrela pártela rájala penétrala córtala todos hermanos hueco nomás son para eso están desgarra eso rompe eso sigues tú y tú y él y él y ellos todos hermanos rangos camarada soldado combatiente incrústala sargento revolución ejército comité marina le crece más pichanga nos crece más nos multiplicamos en la pampa la sierra grandísimos como los cerros reventamos en río vaciados hermanados partimos la montaña quebramos la aurora penetramos la tierra rajamos el cielo abrimos todo nada está cerrado somos hermanos

○ ●

"La experiencia de todos los movimientos revolucionarios confirma que el éxito de la Revolución depende del grado en que participen las mujeres".

LENIN

○ ●

Ahí vienen otra vez, Modesta. Se acercan, ya les conoces los pasos hambrientos no de tu comida sino de ti, de ti Modesta, de ti. Sabes que ese traquetear de las botas con un ritmo que

parecen cigarras son de mal augurio. Pero esta vez no logras sacar al pequeño Abel fuera de la casa. Te faltó tiempo. Tu hijo ahí en el cuarto, Modesta. Abelito se esconde debajo de su cama, rápido como un cuy. A ellos les importa un carajo tu súplica. *Échate nomas que ya sabes. Tranquilita nomás.* Encima ya de ti están Modesta. Rezas en los ojos de tu hijo, Modesta. Los ojos de tu hijo. Dos ojos, cinco soldados. Es de noche, piensas, de noche quizás no ve nada Abel y la luz de estas dos velas no alcanza para sus ojos y para tu cuerpo. Cinco soldados, ya ni gritan, ya no insultan, vienen como si fuera un trámite. Tantas veces. Ya no gritas. Ya para qué. Como si fueran al baño nomás. Los ojos de Abel. Un brillo ves. Volteas la cara. Sudor de soldado. Está ahí tu hijo mirándote. Te mira. ¿Te ve? ¿Qué ve? ¿Es su madre lo que ve? Una embestida dentro de ti y sonríes, Modesta. Los ojos de tu hijo. Sonríes. Cinco soldados, pero sonríes. Tu cuerpo partido. Sonríes para los ojos de Abel. Te limpias, Modesta. Los ojos de tu hijo. ¿Sientes algo, Modesta? *¿Qué miras, chola?* Volteas el rostro. *Algo estabas mirando, carajo, ¡qué chucha mirabas!* El soldado voltea también y ahí lo ve. Abel. Sus ojos. Un soldado en ti, los otros sacan a Abel debajo de la cama. No quisiste ver, pero miraste cuando tu hijo estaba dejando de mirar, cuando le apagaban la luz para siempre. Abel sin luz. Nunca más. Saltaron como globos sus ojos. Se suben el cierre y llevan a Abel a la posta médica de la base. *Un niño no debe ver estas cosas*, dice el soldado que sigue en ti. *Se puede volver un pervertido,* asegura, categórico, empujando una última vez y derramándose en tus entrañas.

○ ●

Piensas en la muerte con una continuidad que te mantiene asombrada y asqueada. Al mismo tiempo, la detestas como podrías odiar cualquier otra cosa, aunque sabes que la muerte no era una cosa cualquiera. Lo importante es que fuera sólo eso: una cosa, un objeto, algo material. Quién sabe si podrías

llegar a vendérsela a alguien. Sacarle algún provecho. ¿Quién va a querer comprártela? Nadie pagaría a cambio de tu muerte. Pero aunque valiera solamente algunas monedas, es tan tuya tu muerte, tan tuya… Lo único que realmente te pertenece.

○ ●

tun taz tun taz tras tun chasquea su dedos alcohol en la sangre todos en la capital tun taz tun taz baila con tres que ahora es dos baila con ella aplauso se acomoda el pelo chaz chaz chaz ¿te acuerdas cómo era? levanta los brazos chaz chaz chaz cruza las piernas tun taz tun taz gira gira gira los demás aplauden sonríen cantan creen que estamos en la sierra bailemos chaz chaz chaz gira más gira más chaz chaz la pierna crúzala se miran sonríen él ella tres ahora dos todas quieren bailar con el líder bailan círculo de camaradas mao lenin marx desde sus cuadros en la pared nos miran tun taz tun taz bailen bien camaradas aplausos ahora todos de la mano tun taz chaz chaz agarrados afuera adentro pie adelante pie para atrás de costadito avanzando en ronda chaz cúpula chaz líder y otra camarada el canto aplausos aplausos aplausos chaz chaz chaz salta salta salta todos en círculo miran a la cámara chaz chaz clandestinidad alegre.

○ ●

¿Acaso no ven las noticias? Son dueñas de periódicos, noticieros, revistas, pero no lo ven. ¿No saben lo que está pasando? Están matando gente, mucha gente, mucha sangre. Dolor. Asco. Sangre. Rabia. Es una avalancha que está por reventar en nuestras caras, el frente de nuestra casa. *¿Supiste lo del cuñado de Ana María, el que era un general del Ejército?* La información corre. *Lo mataron saliendo del ministerio. Parece que lo siguieron y lo acribillaron en su carro.* Ya llegó aquí la avalancha. ¿Qué se puede entender cuando nada es lo que parece, cuando las cosas

pierden su nombre y son remplazadas por otras que no encajan? *Hasta a los generales están matando, imagínate qué nos puede pasar a todos*. Cosas que no tienen sentido. La música se traga las preguntas y las expectora transformadas en humo de cigarro. Pieles y respiraciones. Caras y cuerpos. *Las fotos aparecieron en todos los periódicos, pobre hombre, lo destrozaron*. Ana María evita hablar de eso, ha convocado esta reunión para tratar de pensar en otra cosa. Nadie le pregunta nada directamente. Tampoco se le acercan. Decido romper esa distancia y le doy un abrazo. Sorprendida, se queda ahí un momento, sin soltarme. Luego me sonríe, con cierta dificultad. *Mel, cuéntame todo lo que viste en la sierra*. ¿Cómo lo cuento? Ni sé cuántos fueron. Yo era un trapo, querida, un trapo. Había una mujer entre ellos. La vi. Pero he mentido. Sí los conté. Luego maldije haberlo hecho. Uno, dos, tres, cuatro y seguían. Seguían, seguían, cinco, cinco, cinco, seis, cuántos, yo era pura llaga, trapo, cuatro, dos, tres, uno, cinco, cinco, cinco. Inútil seguir contando. Mi cuerpo aún no lo quiere contar.

○ ●

El sol. Tanto sol en este día de verano. Me tiendo en la arena y sólo me queda recordar en cuanto el calor se desliza entre mis piernas y la brisa marina lame mi piel sin reparos. Si la brisa sigue lamiéndome va a crear un corriente serpentina. Esa corriente que comienza a desenrollarse a partir del centro, como la de aquellas veces, cuando estaba en el kínder. Yo tendría tres años, quizás cuatro. La profesora ordenó cortar el papel en formas geométricas para pegarlos sobre una cartulina. Cuando los potes de goma eran destapados, el festín comenzaba. Ese olor de la goma blanca me encantaba y me provocaba hundir mi nariz en la leche espesa y pegajosa. Hundirme en la leche de goma, no la leche de mi madre. Ella ya no estaba y su rostro se había borrado de mi memoria. Harta de cortar y pegar papeles, solté las tijeras y me puse de pie. Apreté mi pelvis contra la

mesa, frotándome con gran ansiedad, cada vez más y más veloz. Me balanceaba sobre esa superficie y el delicioso vértigo punzante se abría camino. Toda una vorágine en mi centro. No podía ni sabía darle nombre a aquello, sólo me dejaba llevar por esa corriente que se iba haciendo más fuerte y estallaba desde el centro hacia todo mi cuerpo. Los brazos se me doblaban de tanto sostener mi peso y mantener ese delicioso balanceo. Hubiera continuado así horas y horas de no ser porque la profesora me separó de la mesa y me sacó del salón de clase. Desenchufada del placer. Yo estaba empapadísima del sudor y, sin que ella me dijera una sola palabra, me confinaba en la sala de castigo. Ahora, al recordar e imaginar esa fotografía: la niña frotándose como una paloma ardiente contra la mesa, no puedo evitar reírme. ¿Habrían aprendido algo mis compañeritas y mi profesora? Es increíble la relajación y la soltura que tenemos en nuestro estado de verdadera inocencia. Durante los pocos minutos que duraba, yo disfrutaba de aquello que aún no tenía nombre para mí. Sin temerle a nada, ni la más mínima sombra de censura. Los otros no existían. Sobre aquella fría mesa, en medio de mi placer, yo era el centro del universo.

Subo a la superficie. La violencia me ha parido otra vez. Habla, cuerpo. Grita, cuerpo.

○ ●

Cuando revelé las fotografías, era como si todo hubiese adquirido una dimensión distinta. En algunas parecía que el líquido de fijación había preferido la nitidez de algunos cuerpos sobre otros. Pocos rostros se podían distinguir, pero había uno en especial que destacaba sobre los demás. Era una chica muy joven, de pie, con la mirada dirigida al vacío. A su alrededor, varios cuerpos yacen fuera de foco. Se ven algunas personas que corren, desenfocados también. La nitidez de su imagen resalta su expresión: no es incredulidad, ni rabia, ni distancia,

ni aceptación, ni dolor. Ya ha visto algo así otras veces. Parece estar más allá de esos cuerpos masacrados, como si hubiera alcanzado una comprensión que se nos escapa a todos. El sentido de un límite. Quisiera preguntarle: ¿qué entendiste?, ¿por qué pasó todo esto?

Otro grupo de fotografías parecían cortadas, como si reclamaran salir del marco, obligando a prolongar las miradas de las mujeres, de los hombres, de los niños contenidos entre esas cuatro líneas. Ahí está la del pueblo envuelto en la humareda. Ese olor que jamás me soltará. Son fotos que empujan a mirar fuera del encuadre, a revelar todo eso que aún no se había podido capturar. ¿Cuánto queda fuera del marco? ¿Qué historias se escaparán?

○ ●

El comunero Carlos Quechán ha acusado a tu esposo de ser informante de los terrucos, te comunica un sargento. Intentas explicarle el rencor y la rabia que le tenía el otro. Puras mentiras eran. ¿Cómo le van a creer? ¿A dónde podrías ir a buscar a tu Gaitán? *A esta hora tu marido ya dónde estará, pues, nada puedes hacer. Olvídalo nomás*. Nada, Modesta, nada. No vas a volver a verlo.

Recoges del piso los pedacitos de ti que todavía quedan. Por momentos estás lúcida, por momentos te sientes vacía. Olvidas lo que piensas, quieres enloquecer. Te duele la cabeza, mucho, el cuerpo te duele. No te sientes normal desde aquel día en el salón comunal, cuando mataron a Justina y a los demás, cuando todo el mundo se te puso patas arriba. Pachacuti. Terremoto. Mundo de cabeza. Lo que era ya no existe más, ahora todo es otra cosa.

Salió de ti una bebita. De qué semilla sería. Te llenas un plato con el caldo de la gallina sacrificada del día. Los fideos parecen balas que flotan en el tazón de plástico verde. Agua con fideos blancos. Después del primer sorbo, incontenible, un río de lágrimas sale de tus ojos como si fueran cascadas. No

paran las lágrimas. Sientes que en ese río se va el dolor de todo tu cuerpo. Y quieres hablar.

—Estoy harta. Me cansé.

Gaitán, te extraño. Veo tu foto y te extraño más. Entre las líneas de mi mano, apareces. Por fin. Cruzas la línea de mi vida y la seccionas. Aquí estás en este cuenco de piel y sudor que te extraña. Esta es tu nueva casa: la palma de mis recuerdos. Siento que el cuerpo me tiembla otra vez. Viene de nuevo esa ola de miedo. El piso comienza a temblar. Respiro, respiro. Aprieta mi pecho y comienza a abrirse paso hacia los brazos y el estómago. Era el miedo. O peor aún. Su padre. El miedo del miedo. Miro hacia el apu desde el que me estarán viendo mis taitas, ahí de lejos; ellos murieron antes que comenzara todo esto. Igualito como le hicieron a la Justina, controlo mis manos que están frías y casi no se quieren mover y, de un tajo, le corto el cuello al miedo. Lo desangro y lo dejo seco para que se salga de mi cuerpo. Me escapo.

○ ●

Voy solita por los caminos. Sin mi Abelito. No pudieron detener la sangre. Se le fue la vida por los ojos. Tanto caminar por la noche, escuchando al puma. Que no me coma. No paré hasta que llegué a otro pueblo y fui a pedirle a las mamachas. *Agua, mamacitas, agua, comida*. Comida es sopa de agua y sal con algunas papitas. *Esto nomás tenemos. Los soldados han quemado los cereales para dejarnos sin qué comer*. Pero no se han ido esos desgraciados. Vuelven a tocar la puerta. Yo ya conozco esas botas hambrientas. *Mamacha, déjame que yo a estos ya los conozco.* Cuando abren la puerta es apenas un soldadito, uno solito, dice que quiere comida. *Agárrenlo mamachas*. Ellas demoran en detenerlo. Él se encabrita. *Desgraciado*. Agarré la olla de sopa hirviendo y se la eché en sus partes. Ha gritado como si el alma se le estuviera escapando. Su fusil se ha caído y lo levantamos para golpearle la cabeza. *Para eso no eres valiente, pues soldadito. A nadie*

más le vas a hacer porquerías, ¡chancho! Se ha desmayado. Lo dejamos tirado. *Vámonos, mamachas, vámonos*. Ellas me siguen, iremos juntas por los caminos. Me agarro el fusil.

○ ●

Ni siquiera sé lo que me va a pasar mañana. ¿Cómo voy a pensar en el futuro? Eso no es más que una palabra, y ahora tengo que preocuparme por ver qué comeremos mis compañeras y yo, mi hija y sus hijos. Que no se vuelvan a meter con nosotras, no somos chacra de nadie para que vengan a plantar la semilla que les dé la gana. *No sé cómo lo haces tú, Modesta, pero yo no lo quiero a ese chiquito. Salió de mí, pero no lo quiero. Me cuesta verlo ahí, pobrecito, indefenso, si yo no lo cuido se va a morir, pero ahí sigo, cuidándolo por costumbre nomás, a veces pienso mejor que se muera nomás, que se muera, me da rabia… ¿Qué va a ser cuándo crezca y me pregunte por su papá?* Se puso a llorar. Abandonar su criatura le recordaba el abandono de los apus. *Y cuando me pregunte ¿mamá, no tengo padre?*

Su bebé caminó unos pasitos hacia la puerta. Nos miraba mientras se llevaba la manito a la boca. Se agachó y comenzó a arañar el piso, comiéndose un poquito de tierra. Mi amiga y yo lo dejamos hacer. *No lo quiero, Modesta.* Y siguió comiéndose la tierra sin que nosotras hiciéramos nada. ¿Ya será un angelito mi Abel? ¿Y mi Enriquito? ¿En el cielo estarán?

A nadie le iba a contar yo que un día me fui a dejarla a mi bebita por el río. ¿Cómo iba a poder vivir con esa bebé? Yo también quería dejarla. Capaz que alguien la encontraba y le iba a dar una buena vida. Pero ya casi nadie quedaba por esas tierras. Capaz que se moría y ahí se acababa todo para la chiquita. En cualquiera de los dos casos, era mejor que tenerla conmigo. Solté la canastita y corrí hacia el pueblo de vuelta. No bien pasaron diez minutos de toda esa correteadera, con el corazón sintiendo que se me salía, decidí volver. Tomando mucho aire, caminé hacia el río. La canastita seguía ahí. Había

una vicuñita que tomaba su agua cerca. Paró de beber cuando me sintió llegar. Se acercó a la canasta y la olisqueó un poco. Tan calladita había estado la bebita y comenzó a chillar fuerte, así de la nada. Fuertísimo lloriqueaba. Me la traje. ¿Qué iba a hacer? Es pequeñita. Qué sería de su vida sin mí, acaso una pampa sin animales, un río triste o un cerro pelado. Salió de mí.

○ ●

Si no lo controlamos todo, no hay manera de instaurar el orden, piensa él. La misma sala, ya es el tercero desde que todo comenzó. Pero no es uno solo, ahora son dos que piensan, organizan, dan órdenes. *Están por todas partes*. Los dos están sentados frente a frente, nadie ocupa la cabecera de la mesa. Dialogan, se miran, un leve movimiento de cejas es leído por el otro. *Tiene que ser algo bien ubicado, como un golpe certero*. El otro escribe unos garabatos pero no baja la vista. El lapicero se mueve mecánicamente. Notas que después serán decretos. O no. El color de los ternos es el mismo. Grisáceo. *Le avisamos al general y él se encarga*. Le queda la duda a uno de ellos, al que lleva el título oficial. ¿Y si no son? Duda ¿Y si sí son? Replica el otro. *Ellos también hacen así, caiga quien caiga*. Le preocupa que sean civiles, y además es la capital, y se va a notar, y saldrá en los periódicos y ya sabes cómo son los de derechos humanos. ¿No hay más datos de Inteligencia? Le dice que esto es lo más seguro que tienen. Él quería saber más de los líderes. *Hay que acabar con la cúpula de una vez*. Saben que hay avances por ese lado. En cualquier momento los líderes caerían. Esperarán novedades. *Pero hay que ser contundentes con éstos*. Son civiles que estarán divirtiéndose. Una fiesta. A nadie se le va a ocurrir. Ni podrán reaccionar. Los dos se ajustan los anteojos al mismo tiempo. Él carraspea con cierta incomodidad. Le debe mucho al otro. ¿Para qué esperar? *Demos la orden al general, que vayan con todo*.

○ ●

Mientras espero al comandante, escucho a los soldados susurrando. *Esta terruca parece machona*. Se ríen. Volteo para atravesarles las pupilas de borregos que tienen y se quedan tiesos, se hacen los que no me ven. Par de infelices. ¿Qué saben esos de mujeres? Me dicen machona por mi pelo corto, seguramente. No saben que lo femenino es el origen de todo. Lo femenino es fermento, magma, depuración y creación. La aurora que se levantará cuando la revolución esté completa. Teresa de Ávila sabía bien lo que es ser mujer. Muchas hijas tuvo, se multiplicó más que si hubiera tenido marido. ¿Para qué un marido si se puede crear más sin ellos? Multiplicar el ideal, la fuerza, la revolución. Ahí fallé, hay que pensar y revisarse, autocriticarse. ¿Por qué nos demoramos tanto? ¿Cuándo debí seguir disparando? ¿Cuándo no debí disparar?

○ ●

Para ser la jefa militar de la zona central tuve que pasar por muchas cosas antes. Ese cargo fue un obsequio de Fernanda. Hombres era lo que sobraba. Fernanda lo sabía. Al camarada Felipe lo conocían antes que a mí. Felipe pensaba que sería el jefe.

El líder había definido la necesidad de los aniquilamientos para el éxito de la revolución. Mis posibilidades de formar parte de la jefatura no eran muy altas, la mayoría masculina prefería al camarada Felipe sin lugar a dudas. Le queman las manos para aniquilar, para estar en el frente. Felipe cree a ciegas en la lucha armada. Fernanda definió que todo jefe militar tenía una misión ideológica central: recordar siempre que el fusil no manda, sino el partido. Veo que Felipe aprieta el puño y congela su mirada en Fernanda. Si pudiera seguramente le colocaría dinamita en el vientre. *La ideología pura es una falacia, camaradas, sin fusil no hay poder*. Solito lo dijo y solito se puso la soga al cuello. El líder intervino y de un tajo le cortó la

estupidez. *Partido gobierna al fusil, pensamiento domina, no la fuerza.* Le rebanó con sus palabras las aspiraciones. Fernanda le puso el palito y el salvaje no se dio cuenta. El silencio fue mi fuerza. El camino quedaba despejado.

—Me sigue sorprendiendo que habiendo tantos hombres disponibles para ese puesto, terminaran eligiéndola a usted, profesora.

—¿Acaso cree que yo no era capaz? —Romero se sorprende de mi fulminante pregunta. Desvía la mirada para simular.

—Para nada, profesora, usted es muy capaz. A lo que me refiero es que era lo más normal que escogieran al camarada Felipe.

Lo normal. Eres como todos, comandante. Me da lo mismo lo que pienses. Me preocupa su interés en caerme bien. Detesto esas víboras que se creen capaces de manipularla a una y luego no saben ni cómo avanzar en un objetivo. Yo sí sé cómo avanzar. Fernanda me había dejado el camino libre. Yo aproveché para pedir la palabra. Cada uno de nosotros debía estar dispuesto a la cuota. Dar la vida por la revolución es el honor más sagrado de cada combatiente. Así sellé mi posición en el partido. Las palabras, comandante Romero, las palabras en el momento exacto a los oídos exactos. Me eligieron a mí.

○ ●

pachacuti entre los edificios pachacuti en la capital bomba los coches el fuego para los bancos era ese coche pero al edificio le tocó bomba garúa de sangre hasta el parque las pistas el municipio los colegios el mar los consultorios las oficinas los ministerios revolución boom se cansó del campo oreja sangrando vidrio vidrio ciudad quebrada bomba la vendedora grita todos corren bomba bomba bomba también la sangre *malditos* su pierna no está su hijo entre los escombros brazo perdido huesos molidos bomba paredes salpicadas columnas

partidas policías bomberos ventanas quebradas una mano cae bomba dedos bomba dedos bomba manos bomba fuego *malditos* cara quemada todos gritan pueden gritar bomba heridos de sangre se cae *malditos* al otro lado bailan clandestinamente bomba corren lo de arriba se puso abajo arriba bomba pachacuti escuchaste bomba tarata

○ ●

"Señor, ¿por qué nos envías tanta muerte?
¿Por qué permites que nos matemos entre nosotros?"

CANTO ANDINO

○ ●

¿Y si te lo cuento? ¿Y si te lo digo, Daniela? Algo se impregnó en mi cuerpo pero ya no está más. ¿Para qué vine a París? Para sacarlo, un fruto que no debería existir, que se alojó en mi cuerpo contra mi voluntad. Vine porque quería verte. La ciudad de la garúa me estaba acorralando. Te haces río en mi boca. El centro del universo en la punta de tu lengua. Mi cuerpo grita cinco cinco cinco, pero ese grito ya no retumba. Ahora esos cinco son tus dedos que navegan sobre mi piel. Derrotada por el deseo en tus ojos, el grito se transforma en un gemido. Por esto valía la pena vivir. Te haces río en mi boca. Lago, mar, océano en mí. Ahora navegas tú. Bebes del agua que te doy. Nuestras piernas se enlazan, te amarran, me atan, nudo líquido. Las cuerdas de tu placer estrechan mi cintura. Tus uñas anidan en mi espalda, otra victoria. Por esto, Daniela, por esto era. Sueltas el nudo y abres un espacio entre mis piernas. Tus dedos son sierpes que me guían en su danza. Invasión deseada.

○ ●

—¿Lista para ir de cacería?

Jimena está emocionadísima al verme después de todo este tiempo entre la sierra y París. Bien dispuesta a seguirme en mis incursiones a la discoteca. Siempre al alcance de una llamada. Eso no cambia.

—Tanto tiempo fuera de la ciudad, ya me estaba dejando fuera de forma.

—¿Fuera de forma? ¿Tú? Ni hablar, Mel, tu puntería está siempre afinadísima. Donde pones el ojo, ahí caen… ¡Hoy es viernes sangriento!

Jimena enciende un Marlboro. Vamos en mi 4x4 rumbo al Kraken. El grupo *Frágil* en la radio. *Cazadores vienen y van buscando sus presas por la ciudad, motores rugientes en pleno están.* La garúa humedece las pistas. Sólo queda olvidar a esa campesina que se confundió y me llamó Melania. Olvidar a Álvaro. Fue una ruleta rusa aquel episodio en la sierra y la bala le tocó a él. A mí me tocó algo distinto. Pobre Álvaro. Quiero matar a un hombre. A cinco, seamos honestas. Verlos sufrir, desangrarse.

Cuando veo a Jimena, tan jovial y alegre, se me hace fácil volver a sonreír. Vamos de cacería, a ver quién es la suertuda de esta noche. Algunos perros aparecen por ahí. Me dan asco, no quiero verlos más. Acelero y las luces verdes de la avenida nos reciben en una ola que no se detiene. Abierta. La ciudad de la garúa se abre frente a mí y yo me disuelvo en ella. Todo puede volver a ser normal. Todo será normal otra vez. Casi todo. *Ellas entran en la noche, ellas marcan los tonos, ellas suben al coche. Están preparadas a todo.*

La garúa se estrella en el parabrisas. Esta noche el aire es fino y fresco, ligero, muy distinto de aquella densidad en la sierra. Como si los cadáveres se hubiesen convertido en partículas de aire y quisieran resucitar en nuestras fosas nasales. Como si dijeran *Aquí estamos todavía.* Pienso en París y en Daniela. Jimena enciende otro cigarro y me ofrece uno. Perfecto para saturar mi olfato. *Hay algunos que fallan, otros que no se*

mandan. Es cuando se deciden, el río ya no trae agua. Mi mano pide la cámara. Habrá que volver al infierno.

○ ●

Tengo toda la vida para pensar y seguir recordando. Todo el tiempo del mundo para pensar también en mi hija. ¿Cómo estará? ¿Cuánto habrá crecido? ¿Se acordará de mí? La aurora la dejó sin su mamá ¿La entenderá? ¿Me perdonará? Corresponde ahora sopesar cada detalle, cada exceso, pues errores no tuvimos. No hubo. La violencia es partera de la historia. Fueron excesos que debieron contenerse. En la contención está la perfección. En la ascesis se podía lograr todo. Por eso pienso y recuerdo, tengo toda la vida para hacerlo.

—Ya la vamos a llevar a ver a su Líder, profesora. Va a firmar el acuerdo que le propone le gobierno. Ya la paz por fin nos llega —me anuncia comandante Romero—. Vamos, no hace falta que siga así tan seria, yo sé que estas novedades la dejan emocionada. Déjese llevar nomás.

—El control es la línea que separa las acciones exitosas de las que no lo son.

—Usted siempre piensa tanto, profesora. Mire, para que se vaya preparando al encuentro, descubrimos unas cosas que había escrito su Líder. Esta es muy buena: "Lo que quede lo incendiará y sus cenizas las esparcirá en sus confines de la tierra para que no quede sino el siniestro recuerdo de lo que nunca ha de volver, porque no puede ni debe volver". Que nunca ha de volver, él mismo lo dice.

—Ustedes se habrán inventado eso. No puede volver algo que no se ha ido: gobiernos hambreadores, políticos vendepatria, campesinos abusados, trabajadores explotados. No estaremos nosotros, ni será nuestro nombre, pero ahí está el latido inagotable de la historia y ésta sólo puede ser parida con la violencia —Romero me sigue mirando y organiza sus papeles. En sus ojos veo al otro que siempre recuerdo. Un tiro de

gracia le quedaría bien. Veo que un insecto de forma extraña camina sobre la melamina blanca, acercándose a sus documentos. De un manotazo lo elimino y, con brusquedad, me limpio la mano sobre la mesa.

○ ●

Los apus por fin se acordaron de nosotras. Somos varias las que nos hemos juntado para trabajar, intentar recuperar algo, un pedacito aunque sea, de la vida que antes teníamos. Tejemos. El fusil está escondido. Algunas mujeres son calladas; otras, más conversadoras.

Mi chiquita me mira con sus ojos grandes. No quiero recordar porque me duele mucho todo eso. Todavía me duele. Una espada en el corazón revolviéndolo todo es el recuerdo. Pero ahí está la bebita, chiquita es, como cuycita. Mía y de quién más será. Tantos fueron. Tiene sus cinco deditos en cada mano y en cada pie. Está completa y normal. Tuve que armarme de mucho valor para llevarla al registro civil. Era tan pequeñita y frágil, con sus ojos grandotes, negros y vivarachos que me enfrentaban a mi propio espejo de rabia. Quizás algún día aprenda a quererla. Los señores del registro iban escribiendo sus datos con esas letras que parecían montañas, el asa de una taza, fierros doblados. Lo único que se me ocurrió responder cuando me preguntaron por el padre de la criatura fue *Militar*.

Han pasado casi dos años desde que me escapé. Mucho pensaba yo en la muerte. Cuando recuerdo el sasachakuy tiempo me duele el corazón. Años difíciles fueron. Cada vez que recuerdo, duele. Cada vez que olvido, la vida parece tranquila. A veces detenemos nuestra labor y se nos junta otra mujer más. Una saca lanita y se pone a tejer. Los hilos se entrecruzan y el telar crece. Ellas diciendo cosas. *Entre nosotras nomás, como todas somos mujeres, por eso nomás hablo*. Otro hilo. Nuestras voces tejiendo.

○ ●

Sentía que se me cerraba el corazón y se me apretaba el pecho chac la madeja crece chac recuerdan chac *Me dan asco las sobras de otros* le dijo su esposo chaz recuerdos chac como machetazo chac chac suena chac boca chac magullada chac sin dientes crac podrida adentro chac *ni caso me hizo la denuncia* rasga rasga rasga raja la tela carne chac lloran rómpelas pártelas su hermana su hija su madre su esposa chac su abuela kerosene su *Todas somos piojosas ahora sin familia* píquenla su vientre chac botas pasamontañas fal uzi bala bala bala diez veinte treinta crac batallón entero entra bomba crac no hay oídos soldados sadiquearse camaradas pichanguita terrucos crac *ya estaba muerta y seguían seguían seguían* otro hilo sesos por los rincones kerosene arde vientre fuego chaz fuego chac fuego rápido camina carajo píquenlo crac *señora ayúdenos a recoger los muertos* abre la boca no grita no sale no puede chilla desplegar aurora desplegar sesos desplegar revolución arremetió chaz trozo chaz carne abierta crac hilo *el cadáver fue encontrado por su otra hija* chaz patada crac su hijo su padre su hermano su esposo crac su abuelo chac jauría se alimenta de tu cara tus ojos tu lengua devoran trozos crudos kerosene se acuerda chac *si no comes te masacramos* píquenla pampa hambrienta fosa chac no existen cuerpo humo cuerpo bulto filo filo hilo tanto su cuello filo brazo dedos dientes hilo senos filo pezones hilo sangre por las calles filo machete hacha coladera crac silencio tejido grito tejido dolor crac *preñadas de dolor* chac chac puñal cállate bala cállense bala aniquilar *tú también tendrás hermanas tú también habrás nacido de una mujer* chac acuérdate vivimos mucho hilo vivimos gritamos otro hilo vivimos muchas voces tantas demasiado todo.

ooo

Agradecimientos

A Diamela Eltit y Antonio Muñoz Molina, por sus lecturas, consejos y generosidad.

A mis colegas y amigos de los talleres literarios que dirige Diamela Eltit en NYU, especialmente a Margarita Almada, Lorea Canales, Carolina Gallegos-Anda, Sandra García, Mar Gómez, Javier Guerrero, Felipe Hernández, Madeline Millán, Elisa Montesinos, Alejandro Moreno, Jorge Ninapayta, Joanne Rodríguez y Rubén Sánchez.

A Margarita Saona, Julio Villanueva Chang, Martín Pinedo, Leonardo Dolores y todo el equipo del sello editorial *Animal de invierno*, por su tiempo y dedicación.

A mis padres, siempre.

A Ana Ribeiro, las palabras no alcanzan para agradecer lo mucho que le debemos esta novela y yo, por todo el camino recorrido.

Sobre ***La sangre de la aurora***

No existe la menor posibilidad de salir indemne. *La sangre de la aurora* de Claudia Salazar muestra de qué manera la memoria social habita un sitio preferencial en la literatura. Apelando a los tiempos más materiales, los personajes de esta novela experimentan la catástrofe desde una pluralidad de subjetividades que convergen, se activan, se destruyen.

La novela escenifica el protagonismo femenino en el interior de un espacio regido por la anarquía. En ese espacio, donde la palabra y la política fallan y se desmoronan, el cuerpo de las mujeres es sometido a violencias múltiples tanto en zonas simbólicas como en la tradicional vejación sexual que atraviesa toda la historia de la dominación.

La sangre de la aurora es una novela que trabaja de manera precisa sus materiales para abordar con maestría la muerte y la sobrevivencia, la locura y, muy especialmente, la precipitación del caos criminal que pulveriza la confianza en la estabilidad de los pactos humanos.

Diamela Eltit

Hay una forma de alegría en la lectura que no se parece a ninguna otra: es la alegría de descubrir no sólo un libro nuevo sino también una voz nueva; de asistir al momento en que alguien irrumpe en el reino de la literatura, que no es ese mundo o mundillo en el que todos se conocen, sino una fraternidad de personas desconocidas entre sí, escritores y lectores, que tienen en común el amor por las palabras escritas.

Yo he tenido recientemente esa alegría leyendo *La sangre de la aurora*. Es muy dudoso que uno pueda llegar alguna vez a ser un escritor experimentado de novelas, pero estoy seguro de que sí se puede ser un lector experimentado. Y la experiencia enseña a detectar en la primera página, en las primeras líneas de una novela, la vibración de un mundo, el metal de una voz, la urgencia de una historia. En *La sangre de*

la aurora uno se sumerge de golpe como en un torrente, y la calidad de la escritura lo mantiene alerta para no perderse en un juego de polifonía y perspectivas múltiples, organizadas así no por hacer despliegue de virtuosismo técnico, sino queriendo apresar la condición fragmentaria, vertiginosa, poliédrica del mundo. Una novela es al mismo tiempo un edificio de palabras y una fábula que aspira a sostenerse por sí misma y una tentativa de apresar lo real. En eso se ha empeñado Claudia Salazar: en hacer la crónica de un tiempo de negrura y violencia en su país, yuxtaponiendo las voces, las perspectivas, de los verdugos y las víctimas, de los testigos, los cómplices, los botarates, los inocentes. El hilo son las voces de las mujeres: cada una de ellas un personaje individual —en una novela no hay sitio para las abstracciones— al que acabamos reconociendo en su dicción y también en los azares de su destino, casi siempre sombrío; cada una de ellas también un síntoma, el resumen de algo más. Lo que me gustó descubrir en Claudia Salazar es lo que me gusta más de las novelas, una mirada atónita de horror, curiosidad y compasión.

Antonio Muñoz Molina

En *La sangre de la aurora* los destinos de tres mujeres se entrelazan y se desgarran durante lo que los peruanos recordamos como "el tiempo del miedo". La novela de Claudia Salazar Jiménez reinscribe la memoria del conflicto armado interno en el terreno de subjetividades femeninas en las que la política, el deseo y el dolor se mezclan con una lucidez lírica y descarnada a la vez. Con gran destreza narrativa Salazar activa nuestras memorias entretejiendo referencias visuales y discursivas que nos golpean al ser presentadas desde la experiencia individual de estas mujeres. Al hacerlo nos recuerda, además, que el trauma social por el que pasó el país está lleno de tragedias personales. Los personajes de Salazar podrán ser ficticios, pero el dolor que experimentan es real. *La sangre de la aurora* es un hermoso trabajo literario y es, al mismo tiempo, un ejemplo de las formas en las que el arte nos interpela y nos llama a no olvidar.

Margarita Saona

La sangre de la aurora de Claudia Salazar Jiménez
se terminó de imprimir en julio de 2013
en los talleres de IAKOB Comunicadores & Editores S.A.C
ubicado en Jr. Manuel Segura 775 – Lince
El cuidado de la edición estuvo a cargo de
Estación La Cultura S.A.C. y de la autora.
Se imprimieron 500 ejemplares.